

## PRÓLOGO

Andresito era el benjamín de la familia Andrés Alonso y Emilia López. Era un joven apuesto, de gentil disposición en su persona, y muy salado, que se hubo enamorado de una chica de Albacete, cuando vino con su padre, Antonio Bermúdez, a la feria de muestras que el ayuntamiento de Los Encinares programó la cuarta semana del mes de febrero de 1953.

Antonio Bermúdez expuso una muestra de navajas de Albacete, que era la muestra que a todos los vecinos del pueblo de Los Encinares y también a los foráneos les gustó.

Antonio Bermúdez era un hombre de unos sesenta años, de mediana estatura y quizás con algunos kilos de peso de más.

Tenía una hija de Nombre Nuria y también era de mediana estatura y, quizás también, con algún kilillo de más.

No obstante era una chica guapa, muy joven y con un atractivo especial, porque era limpia, trabajadora, amable, inteligente, viva y diligente como una avispa.

Andresito, por casualidad, se pasó por donde Antonio Bermúdez y su hija estaban montando la gran caseta de la exposición, y cuando observó que al padre y a la hija les costaba trabajo el montaje de la famosa muestra, se quitó la chaqueta y les ayudó al montaje de la muestra. Pero al segundo día de estar allí, Andresito y Nuria se enamoraron con amor sincero.

Antonio Bermúdez, que observó que los dos jóvenes se amaban, supuso que el joven apuesto y salado, venía allí a reírse de su hija, que era lo que él más quería en este mundo.

Y tan cerrilmente creyó en esa hipotética risa, que al joven Andresito hasta le prohibió que pasara por su muestra ni siquiera a cuatro metros de donde tenía montada ésta.

Pero el amor, ya se sabe, es tozudo y tiene que ser muy crecida la tromba de agua para que todo lo arrastre y todo se lo lleve al mar. Andresito y Nuria arrostraron todo lo que les echaron, todo lo que se les vino encima, y continuaron con su amor sincero hasta llegar a celebrar el matrimonio canónico.

Años más tarde, Andresito fue para Antonio Bermúdez el hombre de más valía de todos los mortales. Era un hombre bien *plantado* (siempre lo calificaba así), y su hija tuvo la suerte de casarse con un hombre que él solo –decía– valía más que toda su familia entera.

Andresito se hizo un buen abogado y su suegro, Antonio Bermúdez, le confirió la famosa armería y la tan igualmente famosa muestra de navajas de Albacete.

A. Caballero

Capítulo	ÍNDICE	Página
I		17
II		29
III		38
IV		47
V		59
VI		70
VII		80
VIII		91
IX		103
X		114
XI		125

## Capítulo I

**ANDRESITO**

En la vida suceden hechos o acontecimientos, que son dignos de recuerdo, ya por su peculiaridad, ya por su singularidad, como lo es el inconcebible y quimérico hecho de Andrés Alonso López, el tercer hijo de Andrés Alonso y Emilia López, vecinos y naturales del pueblo de Los Encinares. Pues sucedió que a este joven (entonces Andresito), no lo quería para su hija Nuria, el mostrativo de navajas de Albacete, conocido después por Antonio Bermúdez Serrano, natural y vecino de Albacete, que cinco años después, dicho joven era para su hija el mejor mozo, el mejor hombre, con quien su hija tuvo la suerte de casarse. Que Andrés era todo un caballero, un hombre bien plantado y con un don, con una educación de lo más exquisita y refinada; que también era inteligente y bien preparado, pues con 26 años ya era un abogado de los mejores de su ciudad, y, en fin, que su hija Nuria tuvo mucha suerte, mas también porque su hija era asimismo una joven apuesta, adornada de gentil y airoso garbo y disposición personal.

Pero para llegar hasta aquí, no fueron pocos los incidentes y peripecias, que tanto Andrés como Nuria tuvieron que arrostrar, tuvieron que sufrir por espacio de más de dos años. Porque el señor don Antonio Bermúdez, fue intolerante, fue intransigente

con el joven que quería a su hija con locura, y su hija Nuria, por su parte, estuvo incluso en tratamiento psicológico durante el mismo tiempo, es decir, por espacio también, de más de dos años, todo por el sincero amor que sentía por Andrés Alonso y que su padre se oponía con obstinación y tenacidad.

Andrés Alonso conoció a Nuria Bermúdez hace ahora cerca de seis años, cuando su padre y ella estuvieron en el pueblo de Los Encinares en la feria de muestras que el ayuntamiento de dicho pueblo programó.

Antonio Bermúdez, en dicha feria, montó una gran muestra de navajas de Albacete, que por cierto tuvo mucho éxito porque trajo navajas que eran auténticas virguerías, como se dice o se suele decir en lenguaje coloquial.

Y el mismo día en que Antonio Bermúdez y su hija Nuria pusieron la muestra, Andresito que por, casualidad, se pasó por allí, enseguida se despojó de su chaqueta y ayudó a Antonio Bermúdez y a su hija a montar la gran muestra, acoplando tablones, módulos y demás, por lo que Antonio Bermúdez quedó muy agradecido del joven Andrés, pero como quiera que en aquel eventual encuentro, el joven y la joven se enamoraron con la más ardiente pasión, el padre de la joven que se dio por enterado y lo suficientemente bien, se opuso con rotundidad y concluyentemente a que aquello que él, con buena lógica, intuyó, y hasta le prohibió al joven que no se acercase, que no se arrimase por allí, ni tan siquiera a cuatro metros de distancia, y hubo voces malsonantes y hasta intervención de un agente de la autoridad local, sin embargo los dos jóvenes no se

arredraron y su enamoramiento siguió y siguió, hasta llegar a la unión sacramental, cinco años después.

Andrés, recordaba muy bien el día que ya tenía suficiente dinero para salir hacia Albacete, para ir, ver y estar con su más querida Nuria. Llevaba ahorrando desde a otro día que Nuria se fue, y de quienes más le dieron para su anunciado viaje, fueron sus dos hermanas, Rosita y Andrea, porque ya estaban casadas, cada una con un hombre, que ambos eran profesores (el de Rosita en la Universidad y el de Andrea en el Instituto Cervantes.)

Después de informarse bien en donde tenía que coger el tren que salía para Albacete, él salió con la velocidad del rayo hasta llegar a la estación que le iban indicando toda criatura que se iba encontrando en su veloz carrera hasta llegar a tiempo para coger el tren que salía con destino para Albacete.

Llegó con el tiempo justo para sacar el billete y subió al convoy que llegaría a la estación de Albacete a las 23,30 de la noche del día 24 de marzo de 1953.

Al bajar del citado tren con una bolsa de lona en la mano, donde su madre le había echado unos pantalones, una camisa, un jersey de cuello alto (conocido por cuello de cisne) y unos zapatos, todo ello bien planchado y limpio como un sol de primavera. Se dispuso a preguntar, por favor, a un señor con gorra de plato, que adónde podría comer y dormir, que no fuera muy distante de allí. Y el señor de la gorra (que era empleado de RENFE, le indicó ya fuera de la estación, una fonda que era de lo mejor que había por aquel entorno) -le dijo.

Aquella noche del 24 de marzo de 1953, cenó y comió en la fonda que le había indicado el señor de la gorra de plato, que enseguida coligió que aquel señor era un empleado de RENFE.

A la mañana siguiente, se despertó cuando aún no había salido el sol, pues su reloj que su hermana Rosita le hubo regalado, con mucho cariño, en su reciente 20 cumpleaños, marcaba la 7,30 de la mañana.

Enseguida se levantó, se lavó y se peinó, en un viejo lavabo de madera móvil; y se cambió de camisa, de pantalones, de jersey y de zapatos y, terminado todo ello, se dispuso de inmediato a preguntar a éste, a ése y a aquél, por la calle que en su día le dijera Nuria, que era la misma calle en la que ella vivía y también la de su íntima amiga, (ésta dos bloques más arriba.)

Pero ocurrió que al ir Andrés merodeando por las calles que los viandantes le iban indicando pasó, precisamente, por la misma puerta de Nuria, en el preciso instante en que Antonio Bermúdez, padre de Nuria, salía de su casa y al verlo allí se le quedó mirando igual que el toro mira al mismo tiempo de embestir. No pudo contenerse y faltó muy poco para que, ciertamente, embistiera y se lanzara sobre él como un energúmeno; pero sí le dijo con un fuerte vozarrón:

-¡Vete de mi vista cabrón!

-Andrés no se amilanó y sólo le dijo con delicada ironía:

-Perdóneme señor, si en algo le he ofendido...

-¡Que aquí estoy en mi ciudad y en mi calle y te prohíbo que tan solo pises un metro lineal de esta

ciudad y menos aún de la puerta de mi propia casa, si no quieres que te sacuda la badana! —exclamó con ensañamiento, con furia.

Andrés, como decimos, no se amilanó, sino que se quedó plantado ante él, impertérrito, impasible y le exigió que si era hombre que volviera a repetir el insulto, la palabra, aunque a él esa palabra no le incumbía, pues los cabrones de serlos serán siempre necesariamente los casados, por ejemplo como usted lo es. Y no me iré de aquí en tanto que no me eche la fuerza pública, por haber cometido una falta o delito. Y en cuanto a la palabreja no tiene usted lo que tenemos los hombres, si no la repite nuevamente.

-¡Que te he dicho que eres un ca...-no le dio tiempo a pronunciar la segunda sílaba de la palabreja (brón), porque al instante le dio una guantada a mano llena que lo lanzó hacia tras, dando un trapiés y quedó inclinado, trepado hacia abajo, echando un hilillo sanguinolento en la acera de la puerta de su propia casa.

En este punto salió una señora de su casa que resultó ser su esposa y madre de Nuria, diciendo que qué pasaba.

En pocas palabras, Andrés informó a dicha señora de lo que pasaba y, entre tanto, el abofeteado se irguió y metió la mano en uno de los bolsillos del pantalón y sacó una buena navaja, que hacía honor a su oficio de navajero, pero antes de que levantara la brillante hoja, Andrés le dio otro fuerte mamporro que con este segundo chuletón ya quedó totalmente noqueado, exánime, extenuado... Y en este preciso instante, se presentó una pareja de la Guardia Civil y preguntó a Andrés por cómo ocurrieron los hechos y

Andrés lo detalló todo tal como sucedió, en tanto que a la víctima su esposa le estuvo limpiando y taponando la nariz que no cesaba de manar sangre. También sangraba por la boca porque dos dientes del maxilar inferior los tenía partidos y medio colgando.

Poco a poco fueron congregándose vecinos de la misma calle y otras personas de otros barrios que circunstancialmente pasaban por allí.

La esposa de Antonio Bermúdez, Carmen Arroyo, se mostró desde el principio, desde el primer momento, palmariamente neutral, justiciera e imparcial, pues hipotéticamente dedujo el motivo de la riña entre su esposo y el joven, para ella aún desconocido. Porque su hija Nuria ya le había insinuado algo sobre el novio que tenía en el pueblo donde estuvieron con la muestra de navajas.

Nuria y su íntima amiga también acudieron al ver y oír el gentío que en menos de 20 minutos se arremolinó en la puerta de su casa, la cual cuando vio a Andrés, que la Guardia Civil lo tenía a punto de esposarlo, se le presentó un gran dilema, un gran problema, pues no sabía que hacer mejor: si abrazarse a él, si meterse en su casa o salir corriendo de allí.

Andrés la miró desde su comprometido lugar y sus ojos le decían: "todo esto que aquí se ha montado es y ha sido por lo mucho que te amo, por lo mucho que te quiero". Y la mirada de ella a él también le decía: "te quiero y te querré mientras viva, a pesar de todo y a pesar de todos los pesares."

Sin embargo, Nuria optó, junto a su amiga quedarse allí hasta ver lo qué pasaba, qué harían con

su querido Andrés, que se hallaba entre la Guardia Civil, y lo vio muy bien trajeado y muy guapo, pero la Guardia Civil, sin esposarlo, le indicó dándole en el codo que les acompañara y salieron la pareja y él andando, con toda seguridad hacia el cuartel.

Cuando los tres iban por el final de la calle, Nuria dejó a su amiga y salió corriendo y los alcanzó y dirigiéndose a los guardias les dijo:

-Por favor, déjenme que lo abraze porque es mi novio, y lo quiero con toda mi alma, con todo mi ser, porque es muy buena persona y él me quiere a mí tanto o más que yo lo quiero a él.

-Puedes abrazarlo si es tu novio y tú lo quieres y él te quiere, pero que será muy buena persona, como tú dices, mas mira lo que ha hecho con tu padre -le dijo uno de los guardias.

-Si ha hecho lo que ha hecho con mi padre es porque mi padre, sin duda alguna, habrá tenido la culpa porque mi padre no lo quiere para mí, y seguro que le habrá amenazado como siempre hace con las personas que él no quiere e intenta amedrentar, sacando siempre la navaja que lleva en el bolsillo -dijo con claridad y desenvoltura-. Mi padre no quiere -continuó- a este joven para que sea mi novio, y este joven para mí es toda mi vida, es todo mi ser -dijo Nuria momentos antes de entrar en el cuartel.

Cuando entraron en el acuartelamiento le dijeron a él que pasara a la Sala de Armas y a ella le dijeron que no podía pasar.

Cuando Andrés entró en la dicha Sala de Armas, se puso triste y amedrentado, porque la gran pieza de

Armas era una amplia sala húmeda y fría y su ambiente era severo, rígido e inflexible...

Poco tiempo después, ni tan siquiera un minuto, entró en ella el Comandante de Puesto, que era un señor de complexión robusta y rostro severo, ojos, cejas, pelo negro y mirada penetrante, perspicaz e inteligente.

-Bien, joven; ¿cómo ha ocurrido lo que ha sucedido y por qué? -preguntó de modo y manera hartamente inquisitiva.

-Señor, yo deseo manifestar este hecho-desde el principio, si puede ser -dijo con acento y tono de estar implorando o suplicando.

-Puedes manifestar lo que desees en el momento en que entre el escribiente que plasmará sucinta y escuetamente por escrito toda tu declaración.

Al instante entró el escribiente y se sentó ante una pesada máquina de escribir de la marca *hispano olivettis*, metió un folio en ella y de inmediato se dispuso a teclear al tiempo que Andrés iba soltando, con meridiana claridad, todo lo ocurrido desde el principio, desde que en su pueblo le impidiera que se acercarse ni a veinte metros a su muestra de navajas. También manifestó que durante el tiempo que permaneció la Feria de Muestras, la hija de Antonio Bermúdez, Nuria de nombre, y él se enamoraron, con amor sincero, con amor de verdad.

Entre tanto, Nuria se hallaba en la antesala dando paseos de un extremo a otro de aquella pieza, preocupada y nerviosa como al que van a sentenciar a muerte.

Cuando el brigada, el escribiente y Andrés salieron de la Sala de Armas, Nuria le preguntó al

brigada que con quien podría ella hablar para que Andrés no lo metieran en la cárcel y lo dejaran en libertad.

-Joven ten paciencia y aguante, porque tu novio ha cometido un delito y los delitos se pagan con la cárcel.

-Pero si ha sido en defensa propia, porque mi padre lo podía haber asesinado -dijo con ardor defendiendo a su novio y culpando a su propio padre.

-En lo que dices llevas razón, joven, pero tu novio ha hecho sangre y tu padre a tu novio no le ha hecho sangre alguna -le dijo el brigada razonada y comprensivamente.

-Por Dios se lo ruego, que mi novio no lo metan en la cárcel -pidió Nuria al brigada con los ojos enroscados de lágrimas.

-Tranquilízate Nuria, amor mío, tranquilízate porque la sangre no llegará al río -le dijo Andrés con su brazo derecho echado sobre su cuello.

-Muchacha cálmate porque todo dependerá de si tu padre presenta denuncia contra él o no presenta nada, y en este caso sólo estará 48 horas en el calabozo de este acuartelamiento, y enseguida quedará liberado totalmente -le dijo el brigada en la seguridad de que sería así si su padre no presenta denuncia contra él. Y me estoy oliendo -continuó el brigada- que de presentar denuncia es para que ya la hubiese presentado, y al no haberla presentado aún es seguro que no tiene intención de hacerlo.

El brigada, muy amablemente, le dijo a Nuria que no se impacientase, y que de momento mi consejo es que te vayas a casa y hables seriamente

con tu padre, diciéndole que este joven es el hombre de tu vida y que si lo encarcelarse por culpa suya tú serías capaz de hacer algún disparate, una locura e incluso atentar contra tu propia vida.- Hablándole a tu padre muy seriamente y con valentía, en estos términos, y tu padre, si te quiere como quiere un padre a sus buenos hijos, se vendrá abajo y hará lo posible para que tu novio, que parece ser buena persona, no pise la cárcel.

-Yo le pido a usted, señor brigada, que tampoco pise el calabozo que tienen ustedes aquí -le pidió, le rogó con indulgencia, con piedad, con clemencia.

-Eso no lo podemos hacer porque eso es imprescindible, hasta ver la reacción de la víctima, que es tu padre y él tiene la palabra en esta clase de hechos, en esta clase de acciones.

-Venga, vamos -le dijo uno de los guardias a Andrés para conducirlo hacia el calabozo.

Nuria, amor mío, no te preocupes, no te inquietes y ten paciencia, porque todo se arreglará -le dijo Andrés al tiempo de darle un fuerte abrazo, un abrazo de amor tierno y efusivo.

A Andrés se lo llevó uno de los guardias camino del calabozo y Nuria se quedó llorando, muy afligida, muy apenada, al pensar que todo lo que Andrés estaba pasando, estaba soportando, era únicamente por lo mucho que a ella la quería.

Al momento, salió corriendo y llegó a su casa decaída, abatida, hundida y descorazonada, cargada de congoja, de aflicción y pesadumbre, pero con la idea que el señor brigada le sugirió, le mencionó.

Entró en su casa y se dirigió derecha a su dormitorio, se echó de bruces en su media cama sin poder contener el llanto.

Ahora entró en su cuarto el único hermano que tenía, su hermano Antonio, mayor que ella, pues ya había estado cumpliendo su servicio militar en Palma de Mallorca, donde estuvo por espacio de dieciocho meses.

-Nuria, ¿qué te pasa? ¿Por qué ese llanto? Cuéntame a mí todo cuánto te pasa, cuanto te ocurre -le dijo su hermano Antonio con cariño fraterno, con cariño de hermanos, pues Nuria para su hermano y también para su madre era un tesoro; porque Nuria tenía una condición, tenía una cualidad singular: era discreta, obediente, trabajadora, cariñosa y de un carácter amoroso sin igual.

-Tú sabes muy bien, hermano mío, lo que me pasa -le dijo a su hermano con el deseo de que le ayudara, de que le apoyara en la adversidad, en la desventura en la que se hallaba, todo ello por culpa de su padre.

-Cuéntame Nuria, cuéntame hermana mía, con todo detalle lo que te ocurre y por qué te hallas tan apenada y afligida.

-Antonio, mi querido hermano, ayúdame que yo siempre te lo tendré en cuenta y de la manera o forma más insospechada e inesperada, te lo pagaré -le dijo con ganas de hartarse de llorar.

Su único hermano, Antonio (también como su padre), tenía 24 años y como sabemos ya había hecho el servicio militar, y ya se había casado con una buena mujer de nombre Ana, que conoció en



Palma de Mallorca, y que por suerte para él y para toda su familia era una mujer encantadora: era de trato afable, cariñosa, educada e inteligente y con la carrera de magisterio, (que no lo ejercía porque su esposo estaba muy bien colocado y deseaba que su esposa fuera solo ama de casa y se encargara de cuidar al chiquitín Antofito, que ya tenía seis meses.)

## Capítulo II

Nuria también tenía terminado magisterio, pero no se propuso en preparar oposiciones porque su padre la precisaba, la necesitaba para llevar la administración de la gran armería que su padre tenía en el centro de la ciudad. Además de la armería tenía también una extensa gama de navajas que era la mayor de toda la ciudad.

Dos días después, la guardia civil puso en libertad a Andrés y a esa hora (las 7,00 de la tarde) Nuria estaba en la puerta del cuartel, porque en los dos días que Andrés estuvo encerrado Nuria iba cada día tres veces a preguntar por cuándo lo pondrían en libertad.

Al quedar Andrés en libertad, Nuria que lo esperaba en la puerta del acuartelamiento, lo cogió de la mano y así fueron hasta la casa de su íntima amiga Margarita (Marga para todos los familiares y amigos), y en casa de Marga se duchó, se afeitó y se cambió de ropa interior. Después Marga, con la frecuente y habitual ayuda de Nuria, preparó una sobreabundante cena, que a Andrés le vino divino, porque durante las setenta y dos oscuras horas que permaneció en el calabozo del cuartel, sólo se comió un bocadillo (un bollo con atún), porque no le gustó un plato que le llevaron con caldo porque hedía como hiede el mamífero cánido conocido por la zorra.

Marga era una mujer de unos 40 años, estaba separada y sin hijos y era una buena mujer. Del hombre que por amor se casó, a los tres años de contraer matrimonio se separó porque éste hombre, que era de buen linaje, resultó ser un borrachín empedernido y era raro el día que no cogiera una de sus bien conocidas *merluzas*, que eran harto conocidas por todos los vecinos del barrio, hasta que Marga se cansó y ya llevaba más de tres años separada y se hallaba muy tranquila y bien.

-Yo, a Dios gracias, ahora estoy mejor que bien, y no me volvería a casar así me costara la vida, porque yo, mujer bien experimentada, y habiendo conocido a un hombre, no le deseo a la persona que menos quiera lo que yo pasé con *mi* Miguel, (como lo trataba en nuestros tiempos de mozos). Porque los hombres quieren a la mujer mientras tiene ganas de ella, pero cuando sacian sus deseos y se cansan de ti ya les estás estorbando, y cuando se hartan del estorbo, del obstáculo que eres para ellos, se van hacia otros derroteros, ya a la bebida, ya a las drogas, como el mío que terminó sus días en una residencia de acogida de drogadictos y alcohólicos, sin más consuelo que el que le daban aquellas piadosas mujeres que trabajaban para ellos, sin ánimo de lucro, sino sólo para comer de la misma comida que se preparaba para todos y todas las acogidas en general.

-O también se iban a buscar -siguió Marga- a otra mujer, para estar unos añicos con ella, y después, cuando se vuelven a cansar, hacer como

con la primera-. Y de qué te sirve -prosiguió- que te digan palabras bonitas y hermosas que salen únicamente de la mente, sin pasar por el corazón.- Yo, jamás podré olvidar la frase que un día me dijo Miguel que fue como sigue:

"Los hombres cuando se casan ya es una mujer menos que desean," yo, como digo, ahora estoy muy bien y con mi máquina de coser me distraigo y gano para vivir con ella -así de explícita y palmariamente se explayó Marga, ante Nuria y Andrés.

Nuria también manejaba la máquina Sigma de Marga, porque Nuria era inteligente y sagaz y cogía al vuelo la enseñanza o instrucciones que Marga le daba, le impartía.

-Pues yo no puedo opinar sobre tan escabroso y dilatado tema, porque yo no tengo la experiencia que tú tienes sobre los hombres, pero yo digo con toda franqueza y sin dudar un ápice, que yo estaría queriendo a mi Andrés aunque él no me quisiera, lo estaría queriendo mientras yo viviera -objetó Nuria con naturalidad y pureza.

-Ahora me toca a mí -dijo Andrés también con franqueza: Marga, muy bien tu opinión sobre los hombres, pero nada se ha dicho del comportamiento de la mujer, pues yo sé, que en mi pueblo que es muy pequeño, también hemos conocido a mujeres que han sido, son y serán, más zorras que los hombres, porque estas mujeres haberlas haílas -así de claro y concluyente se despachó Andrés, en tanto Marga cambió de tema y dijo:

-Bueno, yo por mí, si queréis nos vamos a dormir, porque el reloj de la cornisa marca la una de la madrugada —dijo Marga en la certeza de que aquella noche dormirían allí Nuria y Andrés.

-Anda, pues yo para eso no tengo más remedio que ir a casa para hacérselo saber a mi madre, y lo que me temo es que ya estará acostada —dijo Nuria con notable preocupación, como que aquello era algo de gran importancia para ella.

-Venga, vamos las dos corriendo y Andrés que espere un momento —dijo Marga al tiempo de levantarse de la mesa y coger por un brazo a Nuria.

Cuando Marga y Nuria salieron a Andrés le vino a la memoria que al día siguiente tendría que salir temprano para coger el tren que salía a las ocho de la mañana, según le informaron en la estación el mismo día que llegó.

Marga y Nuria no tardaron ni diez minutos en volver y enseguida dispusieron de que Marga y Nuria dormirían en la cama de Marga y Andrés, tenía su media cama en otro cuarto contiguo. Andrés, antes de irse a dormir, le dijo a Marga y a Nuria que él marcharía a la mañana siguiente a las ocho de la mañana, que saldría en tren que lo llevaría a la estación de su pueblo que distaba del mismo unos cinco kilómetros.

-Yo no quiero que te vayas mañana, yo quiero que mañana te estés aquí y te vas pasado mañana, pues si tú y yo no hemos hablado de nuestras cosas durante el tiempo que llevas aquí, ni tan sólo diez minutos —pidió Nuria a su querido Andrés, con la

intención de que haría lo posible entre su madre, su hermano Antonio y ella, para ver de arreglar el empecinamiento de su padre de que no quería a Andrés para ella.

Ella sabía muy bien que lo que había entre su padre y Andrés, no era cosa baladí, no era coser y cantar, pero pensaba que había que intentarlo con la imprescindible ayuda de su hermano y también tendría que echar una mano su madre, porque ella sabía muy bien que su padre, algo arisco, a la madre de ella y a la mujer de él, siempre la respetó e hizo lo que ella le pedía.

Nuria ya le había contado a su hermano todo de principio a fin, y su hermano le prometió que haría todo cuanto hubiera que hacer para que su hermana no sufriera y se enamorase de la persona que ella quisiera y le cayera bien. ¿Pero qué manera de pensar tienen los hombres de antaño?, —se preguntó así mismo Antonio— como si casarse, el hombre o la mujer, fuera el trato de los compadres gitanos, del burro o la burra en la feria de Cañete.

Al día siguiente, Antonio y su esposa Ana, se quedaron para comer en casa de los padres de él, y después de la comida, Antonio habló a su padre con cierta solemnidad sobre el tema que a su hermana Nuria le concernía.

-Padre, tengo necesidad urgente, muy urgente, de hablar contigo de algo que nos concierne a todos, pero más directamente a nuestra querida Nuria. Tengo entendido que tu hija y hermana mía, está pasando por un mal momento, todo debido a que tú te has empecinado en que el joven del que está enamorada, se olvide de ella y se vaya a su pueblo por el camino que ha venido.

-Yo te digo a...

-Perdóname, padre, y déjame que termine de hablar y decirte lo que tengo que decirte al respecto -le cortó Antonio a su padre, delante de su madre y hermana-. Te estaba diciendo que ese joven que ha venido desde lejos a ver a tu hija y hermana mía, es porque quiere a tu hija y a mi hermana, y tú no debes prohibir a que ese joven ame a tu hija y a mi hermana, porque con toda seguridad y acierto tú escogiste a la mujer que te gustó para hacerla tu mujer y para traer a esta vida a mi hermana y a mí, con toda libertad y sin interposición ni impedimento de nadie, porque las personas debemos ser libres para dar ese gran paso, como lo es el de crear una familia como la creaste tú, como la creé yo y como la crea todo el mundo que quiere crearla.

-Pero...

-Perdóname, padre, otra vez, porque aún no he terminado -le cortó a su padre de nuevo-. Te estaba -

diciendo que tu hija y hermana mía, tiene todo el derecho del mundo para escoger al hombre que más le guste o agrade, para que sea su novio y después, si se siguen amando, contraer matrimonio y formar una familia, como tú y como yo la formamos, y como la forman o ya la han formado la mayor parte de los mortales.

-Pero ese joven al que tú defiendes con tanto calor, me ha partido dos dientes y me ha destrozado la nariz -dijo Antonio Bermúdez a su hijo con gesto de dolido.

-Padre, que todos sabemos muy bien los *buenos días* que le diste a ese joven tan pronto como le echaste la vista encima.

-¿Qué fue lo que le dije? -preguntó el padre en la seguridad de que nadie sabría lo que le dijo.

-Sólo al verlo ante ti, sin que él te dijera nada tú le dijiste:

-“¡Apártate de mi vista cabrón!” Y esa palabreja que en él no encaja por estar aún soltero, sin embargo en el argot de la pléyade de las gentes normales y corrientes esa palabreja es un insulto como una catedral. Así que no te empeñes en decir que te dio una bofetada sin que tú no le dijeras nada. Y yo, como tu hijo que te quiere, ¿por qué ese odio a ese joven que lo único que ha hecho es venir desde muy lejos a ver a tu hija porque la quiere porque la ama? Padre tú no tienes derecho, ni de lógica es, que tú le busques a tu hija el hombre que a ti te guste para que sea su novio y después para que sea su esposo. Así pues, padre te pido (que no te ordeno), que a ese joven que ha venido desde lejos a ver a tu hija porque la quiere, porque la ama, deberías

pedirle perdón, porque lo ofendiste con la palabreja de *cabrón* —así de claro, franco y espontáneo habló el hijo al padre con todo el temple y seriedad de que fue capaz.

—Pero si ese joven que parece un señorito sin serlo, viene de donde venga a reírse y aprovecharse de tu hermana ¿qué me dices tú? —preguntó neciamente el padre al hijo.

—No digas necedades, padre, porque por esa regla de tres, tú y yo y todos los hombres que han encontrado su pareja y se han casado, fuimos y fueron a reírse y aprovecharse de esas mujeres y ¿cómo después se casaron con ellas y formamos y formaron una familia una familia unida y un hogar? —preguntó el hijo al padre que lo dejó sin argumento, que lo dejó desarmado total.

—Bueno, dejémosle estar y hacer como mejor veáis o creáis —dijo Antonio Bermúdez mirando alternativamente ora a su hija, ora a su hijo y por último a su esposa.

Ya metidos en harina hablaré yo también —dijo Carmen, esposa y madre, respectivamente de su esposo y de sus hijos—. Yo hasta este momento, no he dicho ni una palabra ni a favor ni en contra del asunto que nos ocupa, pero según mi intelecto, según mi corto entendimiento, en todo cuanto habéis hablado tienes toda la razón del mundo en lo que has expuesto en lo que has dicho, en lo que has hablado hijo mío —dijo Carmen dirigiéndose a su hijo mayor. Pues faltaría más —continuó— que el hombre que a mi me gustase para ser mi novio y después mi esposo, necesariamente tendría que ser el gusto de mi padre—. Yo, cuando me hice novia tuya —se dirigió ahora a

su esposo—, no le pregunté a mi padre (que en gloria esté), si a él le gustabas o no le gustabas —así de clara y categórica y concluyentemente, se despachó Carmen, Carmen Arroyo.

—Que sí, padre, que mi hermano y madre han hablado muy razonadamente y deseo que tú también lo comprendas y lo veas como ellos lo ven, porque llevan razón, toda la razón. Y yo te pido, papá, que lo perdones porque tú lo ofendiste sin que él te dijera ni bueno ni malo —le dijo Nuria a su padre cuando éste ya iban entrando en razón.

—Bien, os habéis puestos todos de acuerdo, y aquí el único malo soy yo —dijo Antonio Bermúdez, mirando a su mujer y a sus dos hijos.

Andrés le hizo el gusto a Nuria y se quedó allí el día siguiente, pero no podía estar más tiempo porque en el Instituto le pondrían poner faltas y eso no era correcto en un estudiante tan querido por su profesor, como lo era él.

Ella sabía que lo que había entre su padre y Andrés no era cosa baladí, no era coser y cantar, pero pensaba que era necesario, que había que intentarlo con la imprescindible ayuda de su hermano y también tendría que echar una mano su madre, porque ella sabía muy bien que su padre algo arisco, a la madre de ella y a la mujer de él, siempre la respetó e hizo lo que ella le pedía.

## Capítulo III

A la mañana siguiente ella y Andrés, cogidos de la mano, fueron a casa de su hermano Antonio, pero éste no estaba allí porque, Ana su mujer, les dijo que estaba en el trabajo, que estaba en el banco, donde trabajaba, como tú sabes —le dijo a Nuria.

—Bien Ana, aquí te presento al joven que me quiere y que yo también lo quiero a él.

—Mucho gusto y ¿cómo te llaman? —le preguntó Ana.

—Se llama Andrés y a ti ¿qué te parece, Ana?

—Pues a mí, qué quieres que te diga, Nuria, pues a mí así a primera vista, me parece un joven apuesto y muy salado —así habló Ana con una franca sonrisa.

—¿Qué le digo a tu hermano cuando vuelva, que siempre viene sobre las dos y media más o menos? —dijo Ana con semblante ameno y cariñoso.

—No Ana, ¿tú crees que le podrá sentar mal que nosotros nos pasemos por su oficina y allí le pediré lo que deseo que él me haga?—. ¿Porque tú sabes si por las tardes trabaja también? —preguntó Nuria a su cuñada con el ansioso deseo de que lo que le urgía se intentara hacer cuanto antes mejor.

—No Nuria, a tu hermano no le sienta mal que te pases por su oficina y le pidas lo que tengas que pedirle—. ¿Tú has estado en ese banco alguna vez? —preguntó Ana a su cuñada Nuria.

—Sí sé donde es, pero nunca entré en ese banco.

—Pues subes la escalinata de bloques de piedra (sillarejos se llaman), y empujas en la gran puerta principal, y al entrar, justo a mano derecha, allí lo

verás tras el cristal de una grandiosa ventana —dijo Ana con deseo de que su cuñada supiera bien donde podría ver a su hermano.

—Muchas gracias, Ana y ya te contaré —esto tan solo dijo Nuria cogida siempre de la mano de su Andrés.

—¿Qué te ha parecido mi cuñada? —preguntó Nuria a Andrés, cuando salieron de su piso, que era un primero.

—A mí me ha parecido una buena mujer, además de ser guapa y muy cariñosa, pues ese cariño lo derrama con su mirada —dijo Andrés contento de haber conocido a la cuñada de Nuria.

—Este es el banco, Andrés, —dijo Nuria cuando pusieron los pies en el primer peldaño de sillarejo de piedra de color albino.

Cuando su hermano vio a su hermana de la mano de un joven bien formado, bien constituido y apuesto, enseguida coligió que sería el joven que amaba a su hermana y al momento se levantó de su sillón giratorio y besó a su hermana con especial cariño fraterno, porque para él su hermana, era un ángel venido del cielo. Y sin dar lugar a que le presentara a su novio, Antonio enseguida lo dedujo y le dio un fuerte apretón de mano.

Ni que decir tiene que a Antonio le gustó y mucho la presencia del novio de su más querida hermana.

—Sentarse en donde queráis (porque había sofá sillones y sillas, por todo el derredor del amplio despacho.) Sentarse en donde queráis, repitió, porque este despacho es mío desde hace más de tres

años, y el que venga detrás que espere —dijo Antonio de muy buen humor.

Cuando Nuria le pidió a su hermano lo que le tenía que pedir, su hermano asentía con la cabeza, mientras su hermana iba soltándole todo lo que tenía que soltarle respecto de la relación del padre de ellos y su novio Andrés.

—No sigas Nuria, no sigas más, porque ya sé sobradamente lo que hay entre padre y tu novio, que yo lo veo como un joven de muy buen ver—. Además de que su semblante, su continente, es de joven apuesto, inteligente, educado, correcto y agradable, y es también, a mi modo de ver, comedido, respetuoso, tratable y razonable. Sí, Nuria sí; así psicológicamente veo yo a este joven que, ha venido desde lejos para verte, y eso tiene, para mí, mucho valor —así se despachó Antonio ante su hermana y su novio.

Y ahora girando un poco el sillón, se fijó en el joven y le preguntó:

—¿Qué estudios, en qué trabajas o qué oficio tienes? —preguntó Antonio para indagar todo lo que aquel joven salado y que quería a su hermana, pudiera ser o tener.

—Estudio segundo de Derecho en la facultad de mi ciudad —dijo Andrés escueta y lacónicamente.

—Bien, ahora que son cerca de las dos —dijo echando una leve mirada a su hermoso reloj de oro que rutilaba en su muñeca izquierda —a la y media en punto, marcharemos para casa y allí abordaremos el espinoso y peliagudo asunto que os preocupa —dijo Antonio con supina claridad.

—Buenas tardes —saludó Antonio entrando el primero en la casa de sus padres, tras él su hermana y, en umbral de la puerta se quedó Andrés sin atreverse a pisar el amplio peldaño que había para entrar en la primera pieza de la casa de su amada Nuria.

—Pasa, Andrés porque aquí no hay ningún pozo y por tanto no tienes por qué temer nada —le dijo Antonio con gesto amigable.

Andrés entró en aquella casa con el corazón encogido y no dijo ni *mus*.

Antonio le dijo a su padre: perdónalo porque es un joven de buena gente.

—Yo perdonar, perdono, pero olvidar no puedo olvidar, por mucho que os empeñéis que lo haga, porque lo que este joven hizo conmigo tiene delito de cárcel, según me han dicho a mi personas que de esto saben —dijo Antonio resolutivo.

—Esas personas que a ti te han dicho eso no saben otros hechos porque tú no se los has dicho —dijo Antonio a su padre con la plena seguridad de que así sería sin lugar a dudas.

Bien, pues como has dicho que perdonar sí que perdonas, pues demuéstalo aquí ante todos, con alguna señal, con algún vestigio, como lo es por ejemplo dándose la mano —dijo Antonio con deseo de que todo quedara en nada, quedara en el olvido y que nunca jamás volviera a ocurrir.

—Venga, padre; venga, Andrés —animó Antonio a los dos contendientes.

En este momento, Andrés alargó su diestra y algo más tarde y más indeciso lo hizo Antonio, el padre de Nuria, pero resultaron ser unos momentos

emotivos e inquietantes porque en tanto los dos rivales se estrecharon las manos, Antonio cogió ambas manos diciendo: quietas estas manos un momento, y enseguida dijo a su madre que le trajese un vasito de vino tinto del que su padre cosechaba, el vasito de vino que su madre le dio lo derramó Antonio a modo de agua del bautismo entre la mano de su padre y la de Andrés, al tiempo que, con entonación de solemnidad, dijo: este vino que derramo en vuestras manos haced cuenta que fue el vino que Jesucristo dio a beber a sus discípulos en la noche de la Última Cena, diciendo: *"Tomad y bebed todos de él porque este es el cáliz de mi Sangre, Sangre de la alianza nueva y eterna que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Haced esto también vosotros en conmemoración mía"*.

Enseguida los dos contendientes se enjugaron las manos con un pañito que Nuria le dio a cada uno y al momento ambos se abrazaron muy emocionados y los demás lo hicieron también.

Carmen y Nuria dijeron a los demás: vamos a comer porque ya está preparada la comida, y todos se sentaron a comer contentos y felices porque ya habían resuelto un asunto que a todos los traía a arrebató.

Durante la comida tocaron, como es lógico y normal, varios temas de poco interés, de poca enjundia, de poco contenido, pero todos lo pasaron bien, siendo Andrés el que menos intervino en ninguno de los temas baladíes, fútiles y triviales que se tocaron, y Antonio, el hijo mayor fue el que más

temas suscitó de todos los que se promovieron o se expusieron durante el tiempo que duró la comida; la rica comida que Carmen y Nuria habían preparado.

Después de la comida, Nuria dijo que Andrés y ella iban a salir para dar una vuelta por la ciudad a fin de que Andrés viera algunos monumentos de mayor importancia que existían y que merecían la pena verlos-. Que no tardarían mucho en volver —dijo Nuria porque Andrés se acostaría pronto porque mañana tiene que levantarse temprano para coger el tren que salía a las 8,30 de la mañana.

Por la fecha que tuvieron lugar estos relatos, Albacete, era una ciudad pequeña, y no pasaría mucho de los 100.000 habitantes. Los que iban de otras ciudades de España, como Barcelona, Madrid, Sevilla, Valencia y otras muchas más, Albacete les parecía un pueblo, no solo por la extensión sino también por la forma de andar, de ir y de venir por las calles de la pequeña ciudad: iban y venían del trabajo o de hacer la compra, con paso lento y todos se decían "buenos días" "buenas tardes" o "buenas noches", y sus más emblemáticos monumentos dignos de mención y que Nuria enseñó a Andrés, aquella maravillosa tarde que salieron de casa para Nuria enseñar a Andrés, casi con el beneplácito de su padre ¿quién lo podría pensar?, fueron la famosa Fuente del Parque, La Torre del Agua, la catedral de San Juan Bautista y también la Iglesia de la Visitación.

Cuando antes de las diez volvieron a casa, la madre de Nuria ya tenía preparada la cena y enseguida cenaron, en tanto Carmen, preguntó por lo que habían visto, a lo que Andrés, muy cortés, y con



un verbo de lo más exquisito y afable detalló todo cuanto habían visto y lo interesante y bonito que todo lo que habían visto le pareció.

A Antonio Bermúdez, padre de Nuria, se le notó y bien, que le gustó la manera y forma de expresarse Andrés, pero sin embargo, a él se le notaba que siendo el jefe de la casa y de la familia, su ánimo estaba en baja y no se atrevió en preguntar ni en nada, como si su ánimo, su espíritu estuviera encogido, embebido...

Carmen, la madre de Nuria dijo que era hora de irse a la cama porque Andrés, según había dicho, tenía que madrugar si piensa irse para coger el tren que va para Andalucía, que sale a las ocho en punto de la mañana.

La madre de Nuria dijo que Andrés dormiría en el cuarto de su hijo Antonio, y los demás como siempre.

A la mañana siguiente, Carmen se levantó a las siete de la mañana y enseguida llamó a Nuria y ésta al momento se tiró de la cama y al momento entró en el cuarto donde durmió Andrés y Andrés ya estaba levantado y estaba lavándose y peinando su pelo negro encrespado. Nuria lo abrazó y lo besó, y al momento los dos bajaron, cogidos de la mano, hasta la salita de estar, donde Carmen ya tenía preparado el desayuno (café con leche y tostadas de pan untadas con mantequilla y otras con mermelada de ciruela y fresa.)

Al instante, Andrés se despidió, muy cariñoso y agradecido de Carmen, la madre de Nuria, pero no pudo despedirse de su padre porque éste ya se había ido a la armería, donde, aunque abría a las nueve

horas, pero antes tenía que ordenar y arreglar en una tienda de la envergadura de la suya (o Dios sabría si no lo hizo para no tener que despedirse de un joven que, en efecto, le pareció de buena gente, pero como hubo roce amargo por culpa suya, pensaría que sería mejor dejar que el tiempo pasara y lugar habría de despedirse en buena armonía en otra ocasión menos reciente.)

✓ Andrés tomó una tostada untada con mermelada de ciruela y un vaso de leche con un poco de café, y enseguida cogió su bolsa de lona y de la mano de Nuria salió pitando hasta la estación del tren. En taquilla sacó el billete y siempre de la mano de Nuria, salieron hacia el andén donde esperarían la salida del convoy. Dejó la pequeña bolsa de lona en un rincón y se abrazó a Nuria y Nuria a él y así estuvieron largo rato, sintiendo como un fuego en el cuello la respiración de ambos, hasta que el gris oscuro del tren emitió un largo pitido anunciando la salida. Ambos, eternamente cogidos de la mano, subieron al ennegrecido convoy donde Andrés colocó en el altillo del apartamento que indicaba su billete su pequeña bolsa y Nuria nunca quería irse de allí. Andrés le dijo no sabes lo triste que es para mí, despedirme de ti, pero me voy contento porque la palabra milagrosa de tu hermano, ha hecho que sólo me falte para volverte a ver, tiempo y dinero, y eso, aunque sea difícil, pero está más al alcance de mi mano que la lejanía que, para mi, implicaba la postura cerril de tu padre y eso, gracias a la palabra milagrosa de tu hermano, eso se ha difuminado, se ha perdido para siempre.

Y Nuria que no se quería ir de allí, hasta que Andrés planchó con sus labios los de ella y casi con violencia, se separó de ella y le dijo:

-¡Nuria, márchate! Y ya con el tren en lenta marcha vio a Nuria limpiarse los ojos, la boca y la nariz, con un pequeño pañolito de blanco nacarado y levemente perfumado, y luego lo agitó mientras Andrés con la mano extendida fuera de la ventanilla, le enviaba adioses hasta que la linda figura de Nuria, se difuminó, se perdió en la lejanía.

#### Capítulo IV

Salió de Albacete, con un sabor agridulce, pues era dulce porque ahora supo muy bien que Nuria lo quería tanto o más que él la quería a ella, y porque había quedado descartado el empecinamiento del padre de ella, merced o indulgencia a la fenomenal intervención de Antonio, hermano de Nuria. No hay poema para describir lo que siento por ti —se decía asimismo—, tal vez el amor que siento por ti no sea capaz de darle la vuelta al mundo, pero sí ha hecho que yo experimente que este viaje ha valido la pena hacerlo.

Ha sido un poquitín agrio porque he tenido que pasar 48 horas en el calabozo del acuartelamiento, como un peligroso delincuente común. También porque la distancia que nos separa es larga, muy larga y las horas, los días, las semanas y hasta también los meses sin estar a tu lado se me hacen una eternidad. No puedo echarme cuentas de estar junto a ti a todas horas del día, ni de la noche ni siquiera semanalmente. Para que ese día llegue tengo por delante una gran tarea que hacer, una gran tarea que realizar: tengo que terminar mi carrera, después, mientras tanto, hacer el servicio militar, y, después ganar dinero hasta juntar para la adquisición de vivienda, de moblaje y demás...

Pero resumiendo y en definitiva, los gesto de amor sincero que en los últimos cuatro días he experimentado contigo, puedo decir que ha sido un

pequeño milagro dentro de mí, han sido mi mayor felicidad sin dudarle un solo instante, un solo segundo lo siento como tal.

Ya volverá lo que hoy siento por ella. Mi alma es ya libre una vez más, hoy mis sueños, mis días, mis horas mis minutos y segundos, te pertenecen a ti. Y por ti mi corazón palpita, me amordaza, me subyuga, me quema el cuello tu aliento, pero me enamora, me acompaña y me despierta aún de madrugada, sin sentir por ello pesar alguno. ¿Qué tendrás, Nuria mía, que todo esto y mucho más me hace tu recuerdo?

Por eso, de momento pensaba -y con razón- que era doloroso saber que podría verla con alguna más frecuencia, pero sin poder tenerla, hasta que hiciera todo lo descrito anteriormente, que no era cosa de un día ni de dos...

Luego pensó que sería verdad cuando tanta gente lo dice y es "que a todo le llega su hora", y él no iba a ser distinto ni distante de los demás para que también le llegara su hora. Después, cuando se despertó de su despertado sueño, ya estaba llegando a la estación de su pueblo, y al instante se puso de pie, se desperezó, estirando los brazos, abriendo las piernas y bostezó, en tanto levantaba los brazos y enseguida los bajaba y así lo hizo al menos tres veces consecutivas, hasta que por fin alcanzó del altillo del departamento su más que ligera bolsa de lona, en cuyo interior sólo había una muda sucia y unos zapatos bien usados, y al momento se tiró de un salto al suelo, y salió pitando a pie hasta llegar a su pueblo; eran las dos de la tarde cuando llegó a su casa y su madre lo recibió con alegría y contento,

preguntándole cómo lo había pasado en su ansiado encuentro, con la joven del mostrativo navajero, (el lector pensará que estoy intentando hacer mediocres versos), pero jamás lo intenté ni lo intento, pues lo que pasa es que algunos párrafos riman algo y parecen versos.

Al día siguiente del viaje Andrés, llegó a la facultad en el coche de línea que había desde Los Encinares hasta la ciudad, que cada día salía del pueblo a las ocho de la mañana, y en veinte minutos se ponía en la ciudad, que tenía la parada en la plaza Mayor, justo donde estaba la facultad de Derecho. Y al verlo su profesos y mejor amigo, enseguida le preguntó por cómo lo había pasado en los cuatro días que estuvo ausente, y Andrés le dijo que había sido el mejor viaje de su vida, porque lo había pasado muy bien con la mujer de su vida, porque su novia era un encanto, era un embrujo. Ya habrá lugar de que algún día se la pueda presentar, y ese día podrá comprobar por sí mismo que no le miento porque, al menos para mí, es toda mi vida, es todo mi ser.

-Ya se nota y bien, que estás enamorado de esa joven como un palomo -le dijo su profesor y amigo, en tanto le pasaba y le daba unos golpecillos amigables y cariñosos en la espalda.

-Don José, es que usted no se lo puede imaginar, porque es una mujer joven, que hoy en día son muy pocas las que se puedan poner a su altura. No sólo físicamente, que también, pero espiritualmente son pocas las que se pueden comparar con ella -le dijo Andrés con encendido, con vehemente efusión.

-Bien, Andrés, ya se ve que estás locamente enamorado de tu novia, y, eso a mí, que, sin tener vínculo sanguíneo alguno contigo, me gusta, me reconforta, me alegra, porque te aprecio, porque te quiero, y a mí me hace feliz el que tú lo seas con esa joven, a la cual aún, como sabes, no la conozco, porque jamás la vi -así se manifestó don José ante Andrés. Y se manifestó así porque en realidad, don José su profesor, lo tenía en muy alta estimación, por ser Andrés su alumno predilecto.

Por eso, ahora Andrés, se bebía las lecciones, las enseñanzas que don José impartía. Desde ya, Andrés, ponía mucha atención a todo cuanto don José exponía, explicaba en el extenso campo del Derecho. Pues quería terminar su carrera cuanto antes y con nota de sobresaliente para ser después un buen abogado, para poder mantener bien, desde el día que contrajese matrimonio con su querida Nuria, y también para mantener bien a los hijos que, fruto del amor suyo y el de ella, Dios le deparara, les concedieran.

Por eso se decía para sí, que vivir y aprender, sería desde ya el gran lema de su vida. Y mientras estudiaba los temas que correspondían también se decía así mismo, que la primera etapa de su vida, será recordar con supina claridad lo que un día dijera de él el hermano de Nuria. "Además de su semblante, su continente, es de un joven apuesto, *inteligente*, educado, correcto y agradable..."

Y después, -pensaba también- que no cejaría en su empeño, noche y día, de hacerse un buen abogado para bien de su Nuria, de él y de lo que después viniera.

-Es verdad -pensaba también- que su padre siempre decía que "todos los días son días de aprender", y es verdad que mi padre con esa frase de menguado ingenio, lleva mucha razón, porque yo cada día aprendo siempre algo más, y en estos últimos seis meses llevo mucho aprendido.

Aquella misma tarde, de vuelta a casa en el autobús, iba rebobinando en su memoria el tema que aquel día estudió, también dedicó un amoroso recuerdo a su más querida Nuria, y lo hizo de forma y manera que parecía un poema porque lo metalizó así: Ya volverán los sueños de mi alma a ser libres alguna vez, mas hoy sólo me dicen que no ceje en el empeño de seguir estudiando con más ahínco que nunca, para que esos sueños se hagan realidad.

Cuando una semana después, salió el palomito de la Facultad, prefirió irse andando, carril adelante hasta llegar a su pueblo, al pueblo de Los Encinares. No quiso esperar el autobús que salía a las tres de la tarde y prefirió ir andando, porque le gustaba ver, oler y respirar el denso aire de las diversas plantas de ambas laderas, que flanqueaban el estrecho carril.

Eran ya los últimos días del mes de marzo y ya se veían brotar y hasta reventar todos los bulbos de los diversos arbustos y plantas que alfombraban ambas laderas. El olor que aspiraba era de grato perfume campestre, y las golondrinas surcaban sobre su cabeza aquel aromático aire que a él tanto le agradaba. Por eso hizo una pausa en el carril, sentándose en una piedra plana de color gris, sólo para contemplar aquel maravilloso paisaje, que se extendía desde la orilla o inicio de la ladera de enfrente, toda tapizada de diversos arbustos y de

matas verdes: había quejigos, lentiscos, romero, tomillos de varias tonalidades, todos orgullosos y orgullosas de sus colores de verde esperanza, anunciando todos y todas una nueva primavera.

-¡Pero qué maravilloso es vivir en esta tierra!, -se decía mientras contemplaba aquella ladera de distintos arbustos y plantas, que a él le parecían que aquellos arbustos y plantas le tocaban, le cantaban campanas de gloria en su alma, en su alma y en su corazón.

Los Encinares distaban de su muy querida ciudad (o viceversa), unos veinte kilómetros, pero si se iba o se venía, por un atajo que había, la distancia se acortaba en más de cinco kilómetros, pero el atajo era transitado más que por nadie por los pastores y sus cabras o por sus ovejas, porque era un estrecho sendero muy pino, muy pendiente y sembrado de pedregal muy menudo, puntiagudo y de color gris.

Algunas tardes, cuando Andrés tenía estudio de tarde, al salir de la facultad, echaba por este sendero.

Una de aquellas tardes del mes de mayo, cuando salió de la facultad, a eso de las ocho de la tarde, echó por el citado sendero y cuando ascendió a la cima, se sentó en una piedra de buen asiento, ni alta ni baja, y se puso a aspirar, con el más ansioso deseo, todo el aire que le cupo en sus pulmones. Después se quedó contemplando por la parte de occidente, el horizonte por donde se extendían diseminadas y delgadas nubecillas de color naranja en sazón. El color anaranjado de las nubecillas era, obviamente, por los rayos del sol, porque aunque se había escondido tras el horizonte, sus destellos alcanzaban las endebles nubecillas que le daban ese

bonito color de naranja, con lo que Andrés se quedó extasiado, deslumbrado y maravillado.

Después descendió el citado sendero del atajo que quedaba a unos trescientos metros de la primera casa del pueblo. Bajó la pendiente del atajo, a largas y veloces zancadas, dándole la sensación de que, en cualquier momento, podría caer de bruces y descalabrarse o romperse la crisma, pues iba sendero hacia abajo dándose en el trasero con los talones. Y su carrera ladera abajo era muy distinta a la de aquel perro que una mala persona, le ató un día un cohete en el rabo de modo y manera, que el cartucho de cartón adosado a una caña (conocida como timonel) y cargada de gases de combustión, para impulsarlo hacia adelante o hacia arriba, se lo colocó justo en el inicio del rabo y la caña la pasó por el lomo hasta la cabeza, sobresaliendo de ésta como cincuenta centímetros, con lo cual al pegarle fuego en la mecha, las chispa o partículas de fuego que el cohete despidió en su avance, en este caso horizontalmente, le daban, le azotaban al pobre animal justo en el culo, y como el perro, lógicamente, pretendía huir hacia delante y el cohete, por el contrario, toda su fuerza la ejercía, la desplegaba hacia atrás, había una contraposición, pero como el avance del cohete era mucho más superior que el del perro, éste tuvo que ir a rastras hacia atrás hasta que el fuego cesó y se produjo la explosión, con lo que el animal salió dando volteretas, ladridos y maltrecho y con una experiencia que jamás desearía repetir.

Los perros por lo general se pierden de los pueblos en verano, cuando éstos celebran sus Fiestas Patronales. Se pierden no porque les dé miedo las

explosiones de los cohetes, sino por el fuerte resoplido que emiten en su ascenso, hasta donde la carga de combustión no explosiva, que genera llamas, chispas y humos llegan. La onomatopeya del resoplido o resoplo del cohete al ascender yo no la sé describir, no la sé describir, no; pero más o menos podrá ser así: siphsh..... pam.

Bromas o salvajadas aparte, el caso fue que Andrés descendió el sendero con una velocidad de espanto, pues estuvo a punto de pegar con su nariz en el pedrisco duro y gris del estrecho camino o sendero.

Y en cuanto a la salvajada de aquella mala persona que hizo la más espantosa crueldad con el pobre animal, el santo San Roque, patrón de los perros, según la leyenda se salvó de milagro, posiblemente lo salvó su patrón, San Roque, y ahora vamos a recordar, de pasada, un breve relato sobre el tan famoso perro del santo.

Seguro, carísimo lector/ra, que ya te habrán contado la preciosa narración del perro de San Roque. Nuestro Santo va siempre acompañado de su simpático "chuchó," ¿Quién fue este perro? Pues fue el salvador de San Roque. Cuando hoy en día, sobre todo en verano, se abandonan por las calles tantos y tantos perros, que nos han demostrado su cariño a lo largo del año, bueno será explicar a aquellos que hacen este tipo de salvajadas la historia de este animal que le salvó la vida a un santo tan importante como lo fue San Roque.

Según la leyenda, se explica que cuando nuestro Santo se trasladó al bosque para no infectar de la enfermedad que a él le contagiaron los enfermos de

la *peste*, por el diario contacto con los afectados de esta horrible enfermedad, San Roque se trasladó al bosque para no infectar a los vecinos de Piacenza (Italia). San Roque recibía cada día la visita de un perro que le llevaba un panecillo. El animalito lo tomaba, cada día, de la mesa de su amo, un hombre bien acomodado llamado Pallastrelli, el cual después de ver la escena repetidamente, decidió un día seguir a su mascota. De esta forma penetró en el bosque donde encontró al pobre moribundo. Ante la sorpresa, se lo llevó a casa, lo alimentó y le hizo las curaciones oportunas. El mismo Pallastrelli, después de comprobar la sencillez de aquel hombre y de haber escuchado las palabras del evangelio que le enseñó, decidió peregrinar como él. La curación definitiva del Roque fue gracias a un ángel que se le apareció. Cabe decir que otras versiones populares afirman que fue el mismo perro quien le curó, después de lamerle las heridas de su pierna varias veces al día, cuando el santo estaba en el bosque.

Y ahora me viene a la memoria la letra de aquel memorable fandango, porque viene a pelo a la historia de San Roque y al salvaje que cometió aquella mala persona, con un animal que es el más agradecido y al más fiel y amigo del hombre, que dice como sigue:

"Alma de tirano,  
Corazón de hierro.  
Maldita sea la mano,  
Que mata a un perro."

Después y en un espacio de tiempo de cerca de tres años, Andrés había estado en Albacete unas diez veces por año.

Ahora en casa de Nuria, Andrés era recibido con todos los honores que merece una persona que se estima, que se quiere y se respeta.

Andrés ya obtuvo el tan ansiado título de Derecho y ya había estado cumpliendo con el glorioso servicio de servir a la patria. Es decir, que ya había estado cumpliendo su servicio militar. Cuando llegó al cuartel del regimiento de Infantería de guarnición en su propia ciudad, a los tres días de incorporarse salió su compañía y todas las demás, hacia el campamento de instrucción, que distaba unos veinte kilómetros de la ciudad.

En dicho campamento estuvo por espacio de tres meses aprendiendo la pertinente instrucción, y después del período reglamentario de instrucción, recibió, por su carrera de Derecho terminada, el nombramiento de alférez de complemento, cuyo distintivo era, y lo seguirá siendo, una estrella blanca de seis puntas, y la categoría era la de oficial militar, con cuyo cargo, permaneció otros seis meses en el cuartel, haciendo de jefe de guardia en dicho cuerpo, es decir de jefe de guardia de su compañía y de su regimiento.

Finalizados ambos períodos, o cursos, con ello ya estaba hecho su servicio militar.

Pero fue muy feliz el día de la Jura de Bandera de todos los reclutas del Regimiento. En el servicio militar obligatorio de entonces, eran reclutas los quintos durante el tiempo de instrucción militar, en

el campamento. Y una vez Jurada la Bandera, ya no eran reclutas, sino soldados.

Pues como íbamos narrando, el día de la Jura de Bandera, fue muy emotivo, porque ver a todo un regimiento (1000 hombres), jurando la bandera y previamente a este acto, en una extensa explanada del cuartel, desfilar todos, por compañías, a todo el Regimiento, con arte castrense, castrense y marcial, acompañados de cornetín, de cornetas, tambores y música, producía entusiasmo, apasionamiento y exaltación.

Para aquel hermoso y brillante día, Andrés se había traído en su propio coche (recién comprado), a su amada Nuria y, también se animó su padre y se vino también, porque a Antonio Bermúdez sin haber estado haciendo el servicio militar obligatorio de entonces, por ser hijo de padre sexagenario, le chalaban las artes marciales. Todos los quintos que eran hijos de padres mayores de 60 años, se libraban de hacer el Servicio Militar Obligatorio. Sin embargo a Antonio Bermúdez, como señalamos anteriormente, le encantaba y mucho ver a los militares hacer la instrucción, pues no fueron pocas las veces que se iba cerca de algún cuartel, para ver a los militares hacer ejercicios de instrucción y más aún verlos desfilar.

Por eso, cuando Andrés dijo a Nuria que aquel día se fuera con ella para ver la Jura de Bandera de su regimiento, Antonio, que supo lo que Andrés dijo a Nuria, le insinuó a su hija que a él le gustaría mucho ver a los soldados desfilar, y que si Andrés quisiera él también iría a ver ese acto, porque le hacía mucha ilusión ver a los militares desfilar.

Al saber Ángel que al padre de Nuria le gustaba ver esos actos militares, le dijo que le dijera a su padre, que, por su parte no había inconveniente alguno al respecto y que si quería podía irse con ellos.

Nuria hizo saber a su padre que Andrés aceptaba con mucho gusto que su padre fuera al acto de la Jura de Bandera.

## Capítulo V

Aquella noche, Andrés durmió en casa de los padres de Nuria y al día siguiente y, muy de mañana, salieron hacia Los Encinares, con el nuevo coche de Andrés en el que iba Nuria y Antonio, el padre de Nuria, y él.

Como lo pensaron lo hicieron y aquella noche Antonio Bermúdez, durmió en casa de los padres de Andrés que seguía siendo Los Encinares.

A la mañana siguiente el coche de Andrés iba a tope hacia la ciudad, pues iban los padres de Andrés, Nuria, su padre y él. Salieron temprano porque aunque el acto comenzaba, se promovía a las diez en punto de aquella maravillosa mañana, del día quince de mayo, que era domingo, Andrés, como jefe que era, tenía que estar allí al menos con una hora de antelación, para que sus compañeros de milicia le dijeran el puesto que le habían asignado, en el grandioso evento de la Jura de Bandera de cada oficial, así como los de todos los suboficiales; además para recibir también los pases para subir a la tribuna asignada a los familiares de los jefes, y demás. Él solicitó y en el acto le dieron, cuatro invitaciones: dos para sus padres, otra para Nuria y otra para el padre de ésta.

A menos de media hora, Andrés salió del cuartel, vestido ya con el traje militar de gala, de alférez de complemento, y llegó donde habían quedado su familiares y al momento le dio a cada uno su invitación, y enseguida les indicó por donde



tenían que entrar para subir a la tarima o estrado que correspondía a los familiares de los jefes militares.

Cuando, por primera vez, Antonio Bermúdez vio al novio de su hija vestido con el traje de gala militar, se quedó estupefacto, se quedó fascinado, porque presentaba una figura de gran representación militar, tenía un semblante, un continente, de alto grado militar, y conocía y sabía llevar aquel impecable uniforme, con más elegancia que un general. Y es que a Antonio Bermúdez, que ya sabemos que no hizo el servicio militar, sin embargo todo lo relativo a lo militar, le gustaba, le fascinaba.

Cuando subieron la escalinata que los condujo a la tribuna de los familiares de los jefes militares, desde donde se veía igual o mejor, como desde el palco presidencial de las plazas de toros, toda la extensa explanada de aquel cuartel, todo a rebosar de militares-jefes con sus impecables trajes de gala militar, cientos y cientos de reclutas, también con sus trajes de paseo, obviamente de inferior calidad que el de los jefes, pero también muy bien trajeados y a deslumbrar el brillo de sus botas, a Antonio Bermúdez se le echó un nudo en la garganta de la fuerte emoción, pues aunque no había hecho el servicio militar, como ya tenemos reseñado, las artes marciales le gustaban, le enternecían de manera y forma singular.

Cuando el cornetín militar emitió un largo pitido dando orden militar (de ¡atentos y firmes!), el murmullo ininteligible reinante dejó de escucharse y el silencio se hizo total.

Poco después las diversas compañías al mando de cabos primeros, de sargentos, de brigadas, de

alférezes y tenientes, comenzaron a cubrirse a ponerse firmes, y después a alinearse, y aquellos movimientos bien entrenados, en los distintos campamentos por espacio, por un periodo de tres meses, aprendiendo las instrucción, se movían con tanta agilidad y precisión, que a los que lo presenciaban desde un buen sitio o lugar, quedaban absortos, atónitos y embelesados... Y cuando los cabos *gastadores* (así se les conocía a los soldados bien instruidos y de mayor altura), que iban delante de cada compañía, haciendo unos movimientos, dignos de ver con el mosquetón o fusil, ora sobre el hombro ora sobre el pecho, dando pasos hacia delante, después hacia detrás, ahora a la derecha, después a la izquierda, y todo con una precisión, exactitud y corrección, que faltan palabras para explicar, con mediana exactitud, los extraños y difíciles movilidades que aquellos soldados, aquellos militares, conocidos por cabos *gastadores* iban haciendo, iban ejecutando, durante el desfile de la tropa, bien entrenada, para el día de la Jura de Bandera.

Poco después comenzó el toque, el redoble de los tambores, marcando el lenguaje de marcha militar, que decían bien acompasados: ¡izquierdo! ¡Derecho! ¡Izquierdo! ¡Derecho! ¡Iz...

Luego comenzaron las bandas de música a tocar marchas militares como Los Voluntarios, el Himno de Infantería y otras muchas más, que a todos gustaban y a todos enardecía. Todo ello en una mañana de hermosa primavera, de brillante sol, pero sin ahogo porque corrían intermitentes rachas de suave vientecillo que daba gusto aspirar.

-¿Pero dónde está Andrés, dónde está tu novio? —preguntó Antonio Bermúdez, a su hija.

-Padre, ¿es que no lo ves? ¿Tú no ves aquellos dos jefes cogiendo cada uno el asta de una bandera, por bajo de la cual van pasando todos los reclutas y, sin dejar de marcar el paso, van besando nuestra gloriosa señera, que es la bandera de nuestra querida España? Nuestra bandera de color rojo y gualda, según me ha dicho a mí Andrés, ese color rojigualda lo eligió el rey Carlos III en 1785.

-Sí, allí hay dos jefes sosteniendo cada uno el asta de una bandera, ¿pero cuál de los dos es Andrés, porque yo desde aquí no sabría distinguir si es el uno o es el otro?

-¿Pero tú ves dos jefes? —preguntó Nuria a su padre, al verlo rebosar de emoción.

-Pues claro que sí, que sí los veo —dijo Antonio Bermúdez a su hija.

-Pues de los dos jefes que ves, Andrés es el de acá, que es también el más alto —dijo Nuria a su padre.

-Ya me lo decía yo que el más alto y el mejor plantado, sería Andrés —dijo el padre a la hija —con tanta emoción, que tuvo que sacar del bolsillo del pantalón su pañuelo, bien planchado y con él se tocó ambos lagrimales.

-Pero, padre ¿qué haces que parece que estuvieras llorando?, —preguntó Nuria a su padre muy bajito para que los padres de Andrés no la oyeran, que estaban juntos, que estaban a su vera.

-Sí, Nuria; sí estoy llorando de emoción y de remordimiento, porque yo estuve ciego y no supe entender, ni contener ni comprender —dijo bajito y

tartamudeando-. No, no quiero recordar —siguió— con la misma dificultad para hablar, no quiero recordar el día, la mañana, sí la mañana de la muestra allá en Los Encinares, y menos aún la mañana que Andrés me partió dos dientes junto a la puerta de casa.

-Y ¿eso es lo que te remuerde?, —preguntó la hija al padre.

-Sí, Nuria sí me remuerde, porque ¿cómo pude ser tan borde, tan ruin, para detestar, para odiar a un hombre que es todo un caballero, y él solo vale más que toda nuestra familia junta?, —así se despachó Antonio Bermúdez, ante su propia hija, llorando de emoción y de remordimiento, por lo ocurrido años atrás, que, como también dijo, fue un perverso, fue un vil, fue un miserable.

Terminado el tradicional, brillante y patriótico acto de Jura de Bandera, Andrés se reunió enseguida con sus familiares y los llevó también al tradicional almuerzo, que ya tenían preparado los mejores cocineros del Regimiento, y que tuvo lugar en uno de los amplios comedores ubicados en los bajos de las compañías. Aquí se reunieron todos los mandos militares: jefes oficiales, suboficiales, y los reclutas tenían preparado su abundante y cuantioso almuerzo, en otro de los comedores. Pero ocurrió, como era costumbre bien conocida y experimentada, que la mayoría de éstos se reunían con sus familiares que cada año venían a ver a sus hijos Jurar Bandera. Y, ahora me viene a la memoria, la graciosa anécdota protagonizada por los padres de un recluta que fueron de provincias, en otra ocasión, a ver a su hijo jurar bandera. Y cuando, desde el lugar que los

pusieron para verlos desfilar, la madre del recluta le dijo a su esposo.

-¿Pero, Pepe; tú lo ves? -preguntó la madre a su esposo.

-“Pues claro que lo veo, es el que va detrás del más pequeño de la fila -dijo Pepe con entusiasmo”.

-¡Pero, Pepe; no es pasión de madre, pero míralos: todos llevan el paso cambiado menos el nuestro!”

-Y que lo digas, Encarni, y que lo digas -dijo Pepe lleno de gozo y satisfacción.

Como decíamos, la mayoría de los reclutas se reunían con sus familiares que iban de ex profeso desde sus pueblos de origen a ver a sus hijos Jurar Bandera, no iban al comedor a comer la exuberante comida que les tenían preparada para ese día, sino que se juntaban con sus familiares y se iban por aquellos campos del alrededor del cuartel para comer todos juntos lo que sus padres y hermanos les habían llevado del pueblo, que por malo que fuera lo que sus padres les llevaran de casa, estaría siempre mejor, mucho mejor que lo que en el cuartel les tendrían preparado.

Por aquellos alrededores del cuartel había abundantes árboles frutales de toda clase y extensos prados verdes por doquier, donde las madres de los soldados sentados todos en los dichos prados, habrían sus fiambreras repletas de toda clase de embutidos y de rica comida como eran las salchichas, los chorizos, las morcillas, las tortillas de collejas o de espárragos, las comidas de casa, las comidas caseras de toda la vida. Y allí sentados por grupos familiares al aire libre, en los extensos y

verdes prados, allí comían y bebían a placer, mucho mejor que en los cutres comedores del cuartel.

Sobre las siete de la tarde, comenzaron a formarse grupos de nubes o de cirros blancos y ligeros, que venían enviados de la parte de occidente; y poco después, el sol de mayo que ya pegaba fuerte, era amortiguado por las rachillas de vientecillo fresco que, de manera intermitente, pasaba por allí, con cierta desgana, pero refrescaba el ambiente y la estancia allí se hacía agradable y confortante. Las nubes diseminadas no daban respiro y de forma intermitente, ya estabas al sol ya estabas a la sombra, de minuto a minuto. Poco tiempo después las rachillas de viento eran más frecuentes y traían olor a tierra mojada, señal inequívoca de que por la parte de poniente estaba o había estado lloviendo. Todo ello era normal en el mes de mayo, que, por antonomasia es el mes de las flores, el mes de la Virgen María. El mes de mayo es como un arco iris: rojo, verde, azul o amarillo brillante, siempre con cara risueña, es éste el mes cuando estallan el mejor arco iris del mundo. Vemos en el mes de mayo los campos de bulbos en flor, o los jardines privados. El mes de mayo es sinónimo de flores, de olor y de colores.

El mes de mayo es todo lo indicado, todo lo señalado anteriormente, pero también el mes de mayo es por lo regular el mes de las grandes tormentas, y también de la caída de rayos que fulminan a personas, animales, viviendas, árboles, y también baldan sementeras y plantas de toda clase, etc.

Poco tiempo después y como si el cielo se resquebrajara y de golpe y porrazo cayera sobre la tierra, sepultando todo lo que sobre ella contuviera, se dejó oír un trueno descomunal, con espantosa resonancia y de un ruido infernal.

Al instante comenzaron a caer, diseminadas, gruesas gotas, que sonaban en su caída como si del cielo cayeran bellotas. De prisa y corriendo, todos los soldados con sus familiares, que se habían quedado en las verdes praderas, para comer al aire libre, salieron todos en estampía, cada uno con lo que pudo atrapar: fiambreras, servilletas, navajas, mantas y demás, y todos se metieron en los comedores de los militares, a barullo y a empujones.

Al entrar en tromba los soldados y sus familiares, en el comedor de los jefes, oficiales y suboficiales del regimiento, donde se celebró el banquete con motivo del gran día de la Jura de Bandera, se produjo un embrollo, un barullo de empujones, codazos y atropellos, que cayeron al suelo más de uno y más de dos. Pasando por encima de los cuerpos caídos decenas de soldados y familiares, pisoteando incluso, los cuerpos de los caídos (hombres, mujeres niños/ñas), con lo que se produjo un tumultuoso chillerío entre los pequeños y sus madres, que hacían más caótico aquellos tremendos e impresionantes momentos.

Andrés, al ver la fuerte opresión y asfixia que ejercía la enorme tromba humana, que la vio venir hacia el rincón donde se hallaba él y su familia, abrazó a Nuria y la llevó a un rincón, al ángulo que forman los dos muros del citado comedor. Aquí la colocó de espaldas al ángulo, y, él, de cara a ella,

con las manos apoyadas fuertemente en ambos muros, la protegía de la fuerte opresión que ejercía aquella enorme masa humana, temiendo que le empujaran tanto que sus anchas manos no pudieran aguantar más y cedieran y los aplastaran a los dos de cara a cara. Pero aguantó y resistió hasta que el comedor se iba desalojando, porque alguien con denuedo y arrojo, tuvo la osadía y valentía de salir corriendo y en un abrir y cerrar de ojos, abrió otro comedor y buena parte de los que se habían refugiado en el comedor de los jefes y oficiales, se trasladaron también en tromba a este otro comedor, y ya el comedor de los jefes y oficiales se clareó, se despejó de muchedumbre, y enseguida se fueron examinando a todos los que habían sufrido alguna lesión o contusión, que no fueron pocos, y uno de los peores malparados fue Antonio Bermúdez, el padre de Nuria.

Antonio Bermúdez sufrió magulladuras, golpes, contusiones y cardenales por todo su cuerpo, pues tuvo la desgracia de dar con su regular cuerpo en el duro y deslizante suelo de cemento, pasando por encima de él una tropelía de soldados, mujeres y niños, en una fuerte avalancha que se produjo, por la presión que otra nueva avalancha que se precipitó buscando refugio todos, en tanto que la enorme tronada no cesaba de resonar y Antonio Bermúdez no le quedó otro remedio, otro recurso que cubrirse la cabeza con ambas manos, mientras el inmenso gentío pasaba en tropel por encima de su cuerpo como si su cuerpo fuera un bulto extraño que estaba estorbando en el suelo. Por eso, cuando se clareó la enorme masa humana, Andrés hijo fue el primero en

acudir en su auxilio, pues Andrés padre y su esposa Emilia, tuvieron la suerte de colarse tras una puerta metálica que no se cerraba del todo, y en ese hueco que dejaba la puerta semicerrada, se pudieron meter los dos, no con poco esfuerzo, sino con esfuerzo, con mucho esfuerzo, y allí se libraron de la enorme tropelía o precipitación, que se produjo, mientras que la pavorosa tronada y la gran manta de agua y de granizo que caía parecía no tener fin.

Cuando la enorme tormenta cesó, Andrés hijo y Andrés padre recogieron del suelo a Antonio Bermúdez, cada uno de un brazo, y lo sacaron fuera del comedor, que ya estaba semivacío, y los cinco fueron a enfermería, que también estaba a tope, con una cola de más de 20 metros, pero Andrés, oficial militar, dio la vuelta a la manzana de edificios de donde estaba ubicada la enfermería, y entraron por la puerta reservada sólo para los jefes y oficiales, y enseguida atendieron a Antonio Bermúdez y su estado era pavoroso, era horrendo, pues tenía dos costillas rotas, y el brazo izquierdo no lo podía mover, por tener rotos también los tres huesos que forman su articulación: es decir, el húmero, el cúbito y el radio. Y en este estado inmediatamente lo metieron en el quirófano, para practicarle, con la mayor diligencia, las operaciones pertinentes.

Una vez metido Antonio Bermúdez en el quirófano, los demás se fueron inmediatamente al bar de oficiales y, aquí, cada uno se tomó lo que pidió y deseó.

A otro día de la fuerte tormenta, Andrés llevó a Nuria a Albacete y pusieron a Carmen Arroyo al

tanto de todo lo ocurrido, y a otro día muy de mañana, Andrés le dijo a Carmen que, si quería podía irse con Nuria y con él, para ver a su esposo y estar al tanto de todo lo que había. Carmen asintió y los tres salieron hacia la ciudad donde estaba el cuartel.

## Capítulo VI

Dos días después, Carmen dijo que tenía que irse porque en casa habían quedado solos los dos pequeños, Pepito y Manolín, que la vecina Angustias se había quedado al cuidado de ellos.

Andrés y Nuria, cada día se pasaban por el hospital para ver al herido y preguntarle si le hacía falta alguna cosa que necesitase y no se la traían. Andrés le preguntó por si le hacía falta alguna cosa que no se la traían algo, de comida o de otra cosa, que él necesitase y allí no se la pudieran dar.

Antonio Bermúdez dijo a su hija y a Andrés que allí lo trataban como a un rey, sin embargo las comidas que, le ponían como a todos, algunas de ellas ni las probaba, pues las coles, las acelgas y otras hortalizas, casi sin sal ni aceite es que no las podía pasar. Pero por lo demás no tenía queja alguna, pues llamaba a la enfermera y enseguida acudía y le daba o le inyectaba un calmante.

Andrés le dijo que no se preocupase porque en adelante le pondrían de comida lo que a él más le gustase, y enseguida le preguntó:

-¿Qué es lo que mejor se come, qué es lo que más le apetece? -preguntó Andrés al padre de Nuria.

-A mí me gustan, creo que como a todo el mundo, las comidas de casa, como son las patatas fritas, una vez que otra, un poco de carne o de pescado -dijo Antonio Bermúdez a Andrés, porque aún no se había licenciado y por tanto seguía siendo un oficial militar.

-No se preocupe por ello porque desde hoy mismo le traerán comida especial -le dijo Andrés al padre de Nuria con natural seguridad.

Y, en efecto, aquel mismo día, media hora antes de dar la comida a todos los encamados, llegó a la cama de Antonio Bermúdez, una auxiliar con bata verde, y le preguntó qué le apetecía de comida.

Antonio Bermúdez le dijo que él comería lo que le pusieran a todos porque él allí no era quien para diferenciarse de los demás -le dijo en contra de lo que le había dicho a Andrés.

-Que le estoy preguntando de veras, porque nuestro deseo es que todos nuestros enfermos que aquí se encuentran se sientan bien atendidos -le insistió aquella señora de bata verde.

Bien, pues si buenamente pueden, yo me comería hoy unas patatas fritas con alguna guarnición de verdura que no fuera ni acelgas ni coles -dijo Antonio Bermúdez un poco azorado.

Aquel día, Antonio Bermúdez comió comida como la de casa, porque le trajeron en una gran bandeja un plato de loza raso de patatas fritas con pimientos verdes, que tenían el mismo sabor y gusto que las patatas fritas que le ponía su mujer allá en su casa de Albacete. Todo ello, Antonio Bermúdez se lo agradeció al novio de su hija, que fue el que lo encargó, porque aún era oficial militar y en la cocina y demás lugares del cuartel lo respetaban como tal.

Antonio Bermúdez, permaneció en el hospital militar por espacio de 40 días, y Nuria se quedó en casa de los padres de Andrés, allá en Los Encinares,

el mismo tiempo que su padre estuvo en el hospital, porque así fue el deseo de Andrés.

Una tarde del mes de mayo, estando Andrés en casa de Nuria, comenzaron a caer unas gotas de lluvia dispersas, pero aquellas gotas dispersas dejaban en el pavimento de la calle una señal o huella del tamaño de una moneda de dos reales de aquella época.

Antonio Bermúdez entró de la calle y se puso a recordar la tormenta del día de la Jura de Bandera, que por desgracia a él aquella descomunal tormenta le dejó una buena secuela: de la pierna quedó casi bien, pero del brazo quedó mutilado para el resto de sus días.

Ahora Andrés recordó con toda clase de detalles la tormenta que tuvo lugar en su pueblo de Los Encinares, hacía ahora 21 años, o sea, cuando él solo tenía siete.

En cuestión de segundos comenzó a caer agua a manta, y de repente, y sin previo aviso, el ruido de los truenos era infernal. Empezaron los granizos a golpear los altos ventanales de la escuela donde el párroco don Evaristo Zamora nos estaba dándonos catecismo.

*"Dios no juega a los dados con el universo"*  
Albert Einstein.

Fue la mayor tromba que yo he vivido en mi vida, hace ahora 20 años, allí en mi pueblo de Los Encinares, y hubo muchas pérdidas económicas y

humanas. Pero lo cuento porque ahora que hemos recordado la fuerte tormenta del día de la Jura de Bandera, me ha venido a la memoria la inusitada y sorprendente tormenta que descargó allá en mi pueblo. Antes de descargar, el cielo tomó un tono de negro a verde-oscuro y a poco después ya se lió...

Tal vez tenga algo que ver con lo que se llama fuego de "San Telmo", que es una descarga eléctrica débil de tono verdoso que se origina cuando hay un campo eléctrico muy intenso en la superficie de los objetos. Quizás las gotas de lluvia o núcleo de condensación de las nubes más gordas son capaces de generar este campo.

De aquella tormenta me acuerdo como lo que hice en el día de ayer, pues el cielo mantuvo un color tan impresionante, dejándote estupefacto, al menos yo jamás lo vi, y mira que a veces se pone negro, pero aquella tarde asustaba.

Recuerdo que cuando iba al colegio, la gente se quedaba mirando el frente de la tormenta porque era escalofriante. Todo el mundo decía: "La que va a caer, la que va a caer"; y muchas madres iban corriendo con los niños hacia sus casas. A mí se me quedó grabado aquel momento en el que miré para arriba y vi eso: el color del cielo verde-oscuro, y creo que fue la tormenta que más me impresionó y en gran parte la responsable de que ahora deteste todo aquello. Porque el festival de rayos y de centellas fue de extraordinario asombro, y desde entonces no he vuelto a ver granizos tan gordos. La granizada aumentó más de un metro de piedras en algunas zonas, y mucha gente pensaba que había nevado al ver cubiertas de un manto blanco las

azoteas, los tejados y todas las montañas que se veían desde el pueblo.

Después decían los vecinos que habían caído más de 200 litros por metro cuadrado en poco más de media hora, esto fue en mi pueblo, pero en la capital cayeron hasta 290 litros en zonas cercanas al valle del Arroyo de Peñas Blancas.

Imaginaros cómo tuvo que ser la tormenta del 27 de septiembre de 1934, que se dejó casi 320 metros en un par de horas. Mi padre recuerda que se metió debajo de la mesa y recuerda también a mi abuela con el rosario en las manos rezando y a mi abuelo diciendo: "Aquí la palmamos todos". "Aquí la palmamos todos." Jamás se me olvidarán las únicas palabras que me salen de la boca es inaudito, bestial, imposible...

Lo peor del tema es que yo era muy niño y no me enteraba de nada. Pero lo peor fue que dicha tormenta verde me coincidió con mi examen de religión, teniéndola que ver desde el pupitre a través de los ventanales. No pude ver detalles de tipos de nubes ni nada parecido. Lo que pasó aquella mañana de septiembre de 1934, es que el cielo se fue oscureciendo gradualmente, a partir de las 8 o las 9 de la mañana, cuando ya habíamos entrado todos en clase. Se oían ya truenos gordos y su frecuencia no permitía distinguirlos unos de otros. Ya por las 9,30 casi llegó un momento en que el cielo presentaba tan igual. Fue en ese instante cuando rápidamente todo adoptó un aura esmeralda (verde-oscuro) dentro de la extrema negrura. Daba la sensación como de que fuera una forma de escape del ojo humano a la hora de captar semejante ambiente hostil.

Se veían un par de rayos a cada segundo, también éstos de resplandor claramente verde, todos, cada relámpago era un flash verde, llovía a cántaros y vibraban las ventanas, por los incesantes truenos entremezclados entre ellos. Hubo un par de ellos en que las ventanas temblaron tanto que casi parecía un terremoto...verdaderamente era estar metidos en un ambiente infernal y fantasmagórico, algo único, además con ese color tan extraño del cielo era como estar en una tormenta del planeta Venus o algo así.

Hubo un sinfín de extremidades que duraron poco más de media hora. O sea, que la coloración verde del cielo duró bastante, durante el paso de la tormenta. Todo esto dentro de la clase cerrada, ¡imaginar fuera lo que sería! No pude salir de clase durante la tormenta para verla fuera, el maestro no me dejó ni con la excusa 'de si podía ir a orinar.'

El resultado fueron 200 litros por metro cuadrado. Pues así y todo ningún medio se hizo eco de aquel horripilante y pavoroso color verde de las nubes.

Al principio de este capítulo decimos que ese color verde-oscuro del cielo tendría que ver algo con los llamados Fuegos de San Telmo. Pero no: el fuego de San Telmo es un meteoro ígneo consistente en una descarga de efecto corona electroluminiscente provocada por la ionización del aire dentro del fuerte campo eléctrico que originan las tormentas eléctricas.

Aunque se le llama "fuego" es en realidad un plasma de baja densidad y relativamente baja.



Este fenómeno toma su nombre de San Erasmo, patrón de los marineros, quienes habían observado el fenómeno desde la antigüedad y creían que la aparición era de mal agüero.

Otros decían, según recordaba mi padre años después, que aquel color verde-oscuro del cielo, podría ser también los que se llaman "fuegos fatuos", pero no: los fuegos fatuos es un fenómeno consistente aparentemente en la inflamación de ciertas materias (fósforo principalmente), que se elevan de las sustancias animales o vegetales en putrefacción, y forman pequeñas llamas que se ven andar por el aire a poca distancia de la superficie, y se encuentran en los lugares pantanosos y en los cementerios.

Son luces pálidas que pueden verse, a veces, de noche o al anochecer.

Se dice también que los fuegos fatuos retroceden al aproximarse a ellos.

Existen muchas leyendas sobre ellos, lo que hace que muchas personas sean reacias a aceptar explicaciones científicas ya que desde antaño las personas han tenido este fenómeno como el alma de un ser fallecido.

-No tengo boca ni encuentro palabras en mi corto lenguaje para agradecer a tu novio lo mucho y bueno que ha hecho conmigo: primero me llevó a ver la Jura de Bandera, que es algo que siempre, siempre, deseé sin saber por qué; luego tuve la desgracia de caer al suelo con aquella tromba humana que se precipitó sobre mí, pero él, tu novio,

enseguida echó manos a la obra y me practicarón las operaciones que precisé, mucho antes que, como otros, también sufrieron caídas y atropellos como yo. Después, en las comidas, las cocineras y repartidoras no sabían qué traerme cada día, pues creo que mis vecinos heridos como yo, me tenían cierta envidia, porque a mí me visitaban médico, enfermeras y auxiliares, cada dos por tres, mientras muchos quizás más graves que yo, los visitaban de más en tarde en tarde, y todo eso fue merced a tu novio, que así lo ordenó y así lo hicieron. Por eso digo que no tengo palabras ni boca para agradecerle todo lo mucho y bueno que hizo conmigo.

-¿Cuándo y cómo se lo podré pagar? -dijo Antonio Bermúdez ante su hija y su esposa, que su hija se quedó perpleja y desconcertada al oír hablar de este modo y manera a su padre.

-Hablas así padre -dijo Nuria- porque te remuerde la conciencia al recordar, al memorizar tu ciego comportamiento para con él en aquellas tristes ocasiones: la de la mañana cuando la muestra allá en su pueblo, en Los Encinares, y la otra, la mañana que te topaste con él aquí en la puerta de casa, con aquella fea palabra que le soltaste, que te lo recordó tu hijo Antonio el día que te pidió que lo perdonaras. Y no sólo la fea palabra sino del modo y manera que se las soltaste.- Y por eso ahora te carcome tu feo comportamiento con un hombre que, como tú has dicho alguna vez, él solo vale más que toda nuestra familia junta -así se despachó Nuria ante su padre, ante un hombre que se sentía avergonzado al evocar el más malintencionado y miserable comportamiento -Hija mía tienes razón, mucha razón, y yo quisiera

saber de qué manera se lo podría redimir o condonar, porque tú, si quieres, me podrías ayudar para quedar en paz con él y con mi conciencia –apuntó Antonio Bermúdez a su hija.

-No es cosa de coser y cantar, porque tú fuiste el ofensor, el agresivo, y tú eres el que tienes que esforzarte y pedirle perdón, abiertamente, y quedar en paz con él y con tu conciencia –manifestó Nuria a su padre, con valentía, con atrevimiento.

-Yo desearía resarcirle de las ofensas que le causé y no tengo palabras ni valor para hacerlo, por eso te pido, hija mía, que me ayudes, y que seas tú la que propicie el momento u ocasión para que se pueda abordar el caso que tanto me preocupa y que deseo que se solucione cuanto antes –manifestó Antonio Bermúdez a su hija, con la seguridad de que si su hija lo quisiera se podría solucionar cuando ella lo deseara y quisiera hacerlo –volvió a repetir Antonio Bermúdez a su hija.

-Padre, tú cometiste un error, un craso error y a ti te corresponde desdecirte ante, él de lo que jamás debiste decir ni hacer –expresó Nuria a su padre, para que se viera en el aprieto de tener que implorar, de tener que suplicar al que ofendió sin razón y sin antes reflexionar sobre lo que hizo.

-Llevas razón, hija mía, pero ahora estoy totalmente arrepentido, porque fui un bellaco, un ruin despreciable, que cometí un error sin parangón con un hombre entero de pies a cabeza. Por eso te pido que me ayudes a resarcirle de las ofensas que le motivé, que le causé –le pidió el padre a su hija con la esperanza de que ella, si quería, le podría ayudar,

para quedar en paz con aquel joven que, ahora, para él valía un montón.

-¿Tú sabes, hija mía, si a Andrés le gusta el deporte de la caza, de la caza menor, pues si le gustara yo podría hacerle un obsequio que le podría gustar, y a mí me haría mucho bien el tener con él un detalle, un rasgo de cortesía y afecto? –preguntó Antonio Bermúdez a su hija.

-Yo no sé si le gusta o no le gusta el deporte de la caza, pero me da que no lo será porque Andrés sólo ha hecho estudiar y más estudiar, por lo que intuyo que jamás habrá perdido un solo momento para dedicarse al asueto, al ocio y a la inacción y ni siquiera para echarse en la tumbona para descansar-. Padre, tú no sabes el esfuerzo que Andrés ha hecho para sacar su carrera adelante, ya que ni siquiera le dieron, durante el tiempo que estuvo estudiando, ni una maldita beca, porque con la pensión de su padre se pasaba –le decían en Educación y Ciencias.

## Capítulo VII

-Padre, ya sé en lo que estás pensando. Piensas que si a Andrés le gustase el deporte de la caza, tú le regalarías una de las buenas escopetas que tienes en tu armería, y con ese detalle ya quedarías en paz con él. Sin embargo yo te aconsejo otra forma o manera de pedirle perdón.

-Padre, en Jesucristo puedes hallar tanto la esperanza, como la solución para saber pedir perdón. Confía en Él y Él te concederá lo que desees, te aconsejará cómo pedir perdón, y te concederá la vida eterna y te guiará por el sendero de justicia. Sólo confiesa con tu boca que Jesús es el Señor y cree en tu corazón que Dios lo levantó de entre los muertos y serás salvado.

-Puedes recibir a Cristo ahora mismo mediante la fe expresada en una oración.

-Esta es la palabra de fe que pedimos: que si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor, y crees en tu corazón que Dios lo levantó de entre los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para ser justificado, pero con la boca se confiesa para ser salvo.

-Dios conoce tu corazón y no tiene tanto interés en tus palabras, sino más bien en la actitud de tu corazón. Te sugiero como guía la siguiente oración:

-¡Señor Jesucristo, te necesito! Te abro la puerta de mi vida y te recibo como mi Señor y Salvador.

Gracias, te doy Señor, por perdonar mis pecados. "Toma el control del trono de mi vida. Hazme la clase de persona que quieres que sea."

-¿Expresa esta oración el deseo de tu corazón?

-Si lo expresa, ahora mismo ora y Cristo vendrá a tu vida como Él lo ha prometido.

-¿Has pronunciado esta oración con tus labios?

-En caso afirmativo, te felicito. Has tomado la mejor decisión de tu vida. Acabas de iniciar una nueva vida en Cristo. ¡Felicidades padre!

-Aquí tienes una breve guía de cuales han de ser tus próximos pasos:

1-Confiesa públicamente tu fe en Cristo.

2-Obedece a Cristo en el agua del Bautismo.

3-Permite que el Espíritu Santo llene y controle tu vida.

4-Apártate del pecado.

5-Únete a una Iglesia Cristiana.

6-Pon los fundamentos apropiados.

7-Permite que la Biblia te hable.

8-Establece una vida de oración disciplinada.

9-Testifica a otros de tu fe en Cristo.

10-Confía en las Promesas de Dios.

-¡Y ahora, padre, yo te deseo el mayor de los éxitos en tu nueva vida!

-Tan sólo esto tienes que hacer para pedir perdón a todas aquellas personas, a todas cuantas hallas ofendido y, en especial, al hombre que tanto daño le hiciste con tu grosera palabra -le anunció y le aconsejó su hija Nuria, que se quedó muy a gusto

cuando a su padre le dio la mejor guía que se pueda dar para resarcir al ofendido.

-¿Y a ti quién te ha enseñado tanto, que me has dejado con la boca abierta, que me has dejado sin resuello y la vez pasmado? -dijo Antonio Bermúdez a su hija mirándole fijamente a los ojos.

-Padre, tú sabes muy bien que yo hice una carrera, que sin ser de muy alto nivel pero en definitiva con una carrera de magisterio se aprende mucho, se aprenden muchas cosas -le dijo Nuria a su padre que nuevamente se quedó tragando saliva, bebiéndose las palabras que su hija iba pronunciando hablándole de aquella manera tan gentil, y con un gran caudal de sapiencia en su intelecto.

Al día siguiente sábado por la tarde fue Andrés a casa de Antonio Bermúdez, y, como es costumbre, besó a todos: primero en un lado de la mejilla y enseguida en la otra mejilla; pero Andrés besó a Nuria en la boca, que fue un besos que a los dos le supo a gloria.

Como era por la tarde del día 13 de junio, Antonio Bermúdez dijo a Andrés "hoy me toca invitar a mí porque es el día de mi santo."

-Anda, pues es verdad, hoy es el día de San Antonio, y Nuria le dio un beso a su padre y, enseguida, todos hicieron igual, todos hicieron lo mismo, en tanto Encarnación puso encima de la mesa una bandeja con dulces variados y una botella con cuatro copitas en otra bandeja más pequeña que la que contenían los dulces.

Todos tomaron una copita y cogieron de la bandeja el dulce que más por el ojo les entró.

Al unísono todos levantaron la copita, y desearon mucha felicidad a Antonio, que quedó muy agradecido y emocionado.

Una vez terminada la invitación, Nuria dijo que iban a salir Andrés y ella a dar una vuelta por aquellas callejas hasta llegar a la Fuente del Parque, donde se sentarían en uno de los bancos de piedra y allí se estarían arrullando hasta la hora de la cena.

Entre arrullo y arrullo, Andrés dijo a Nuria que ya había hecho en su ciudad, todo lo concerniente a la Abogacía y que ya había alquilado un local, casi en el centro de la ciudad, para abrir su bufete. Que ya había puesto su placa de metal dorado en la pared de la derecha entrando, y que antes de abrir ya tenía dos clientes para defenderles en asuntos de poca monta, pero que ello era como presagio de que iba a tener mucha suerte en el trabajo de su carrera. Quiero -prosiguió- que previamente a poner en funcionamiento el despacho tú tienes que ir conmigo para que seas tú la que disponga el imprescindible moblaje, que, de momento, pueda adquirir.

-¿Pero cómo te las has arreglado para hacer tantas cosas en tan poco tiempo? -preguntó Nuria en tanto que cogía sus lustrosas manos y se las besaba, en los dedos, en las palmas, en el dorso y hasta en las muñecas, donde en la izquierda rutilaba la pulsera de su hermoso reloj de oro, que su hermana Rosita le regalara el día de su 20 cumpleaños.

Andrés tenía unas manos lustrosas, tenía unos dedos largos y muy bien formados; sus uñas no estaba del todo recortadas; tenían un poquito de uña salida de la carne del dedo, pero ese poco de uña era como de nácar. No tenía vello ni en las falanges o

articulaciones de los dedos, ni tampoco tenía en el dorso de la mano, si bien se apreciaba un incipiente vellillo en el juego de la muñeca o articulación de la mano con el antebrazo.

Nuria había dicho en alguna ocasión que Andrés tenía manos de cirujano.

-Tenemos que ser diligentes y dinámicos porque tan pronto como ahorre algo de dinero efectivo nos casaremos y te vienes a mi ciudad, que tú sabes muy bien que es más bonita que la tuya —dijo Andrés mientras los dos hacían manitas y se reían.

-Yo creo que mi padre podrá ayudarnos, cuando le planteemos nuestro caso. Porque mi padre es muy cicatero, pero mi padre tiene dinero, mucho dinero —le dijo Nuria a Andrés, como que ella estaba segura de que su padre, si quería, podría ayudarles en la adquisición de muebles y demás.

-¿Sabes lo que hace unos días me dijo?

-¿Qué te dijo, qué te pudo decir?, —preguntó Andrés como que sería una chorrada, una tontería lo que su padre podría haberle dicho.

-Me preguntó si yo sabía si a ti te gustaba o eras aficionado a la caza menor.

-¿Y tú a qué achacas que podría ser? —preguntó Andrés con interés, con mucho interés.

-Pues yo deduje que esa pregunta tendría algo que ver con la intención, con la pretensión, de que, si tú fueras aficionado al deporte de la caza, haber tenido un detalle contigo, regalándote una escopeta de las muchas que tiene en su armería. Porque mi padre es así. Es muy impulsivo y, quizás también un poco violento, pero tiene conciencia y siempre con

su genio comete ofensas a alguien, que después le pesan y no se queda tranquilo hasta no quedar bien con el ofendido. Esto le pasa hasta con mi madre, con mis hermanos pequeños y conmigo. Él sabe muy bien cuando ofende a alguien con su pronto, con su vehemencia, pero después se arrepiente y no cesa hasta conseguir quedar bien con sus víctimas; así es mi padre, y estoy segura, muy segura, que lo intenta hacer también contigo, y no sabe cómo hacerlo. Por eso te digo que lo que intenta contigo es quedar bien y resarcirte de la manera que sea, de la ofensa que te causó —así manifestó Nuria el proceder y la práctica de su padre.

-Pues yo lo entiendo perfectamente y en cuanto a lo que supones de que para limar asperezas conmigo me podría regalar una escopeta, pues si en otra ocasión te dice algo al respecto, le dices que sí, que tú sabes muy bien que soy aficionado al deporte de la caza menor. Pues cuando allá en la gran Casona del Arroyo de Peñas Blancas, donde mi padre estuvo de administrador de aquella heredad, algunas veces venía por allí el actual administrador de aquella finca, o sea, el que sustituyó a mi padre, en el cargo de administrador, que se llama Miguel Quesada, y que se casó con la hija de otro colono del Arroyo de Peñas Blancas, que se llama Laura, y que es una gran mujer, porque además de ser una mujer guapa es también una mujer dulce, cordial y de nobles sentimientos; de trato afable, ameno y placentero.

-Bien, pues ya he perdido el hilo de lo que estábamos hablando —dijo haciendo gesto de hacer memoria.

-Me decías que el que sustituyó a tu padre en el cargo de la administración de la finca de la gran Casona, del arroyo de Peñas Blancas, que es un tal Miguel, tenía una gran escopeta y ...

-¡Ah, ya! Te decía -le cortó Andrés- que el tal Miguel tenía una bonita escopeta de caza que le había comprado su padre, y solía venir por allí con su hermosa escopeta colgada al hombro y a mí me gustaba haber tenido una escopeta como aquella, pero yo era muy joven aún y ni siquiera intenté insinuarle a mi padre nada al respecto, pues mi tiempo sólo estaba dedicado a mis estudios: primero con sor Consuelo, que era una de las dos hermanas, dueñas con otro hermano de nombre Silverio, que era militar y con el grado de coronel, en excedencia, que por cierto aquel gran señor, tuvo un final atroz, aterrador; pues fue electrocutado por un rayo de tormenta, cuando subía con su caballo por la cuesta que hay desde la Gran Casona hasta el pueblo de Prado Alto.

Con sor Consuelo hice los estudios primarios y recuerdo que saqué nota superior; enseguida me fui a mi pueblo que es Prado Alto y allí hice el bachillerato. Después, iba y venía a la ciudad, donde en la Universidad terminé Derecho, y hasta el día de la fecha no he tenido mucho tiempo para dedicarlo al ocio ni para distraerme en ningún deporte. Pero la verdad, es que una escopeta me gustó siempre. Por eso te digo que si tu padre sugiriera algo sobre el particular, le dices que sí, que a mí me gusta el deporte de la caza menor -dijo Andrés con la esperanza de que eso sucediera, entre el padre y la hija.

-Tú no te preocupes por eso, porque si mi padre no me lo vuelve a decir, no me lo vuelve a preguntar, yo, en cualquier momento, en cualquier ocasión, en cualquier conversación, hago un hueco y lo saco a colación.

Antonio Bermúdez llevó una tarde a Andrés y a Nuria para que Andrés viera la armería que tenía en el centro de la ciudad.

Cuando Andrés vio la amplia armería se quedó admirado del inmenso local abarrotado de toda clase de escopetas de caza de todas las marcas y calibres.

Andrés no era entendido en escopetas de caza, ni en ninguna clase de armas de fuego, pues sólo tuvo en sus manos un mosquetón, de los que les daban por aquella época, a los soldados para hacer la instrucción y algunos *tiros al blanco*, para saber manejar aquellas armas de fuego, para cuando fuera necesario hacerlo. Pero Andrés, no era en absoluto, entendido en escopetas de caza, pero aquel almacén de brillantes escopetas le gustó, y para él aquello era una virguería, era algo excelente y extraordinario.

Cuando Antonio Bermúdez explicó a Andrés lo que contenía aquel auténtico arsenal de armas, de toda clase y marcas de escopetas, le dijo a Andrés que escogiera la que más le gustase y quisiera.

No, Antonio no; gracias, yo ahora no estoy en disposición de comprar una escopeta -le dijo a Antonio Bermúdez, primero y principal, con gesto de agradecimiento y después de negación total.

-¿Pero por cuál de las escopetas que tienes a la vista, te inclinarías para llevarte, en el supuesto de

que estuvieras en disposición plena de adquirirla? —preguntó Antonio Bermúdez mostrando confianza y amistad.

—Yo, como he dicho antes no soy experto en armas de fuego, y por tanto no sabría inclinarme por ninguna en concreto, la que tomase sería al azar, sin saber si sería la mejor o la peor.

—Lo entiendo, lo entiendo, si no eres experto en armas de fuego, no sabrías distinguir entre la mejor o la peor —dijo Antonio Bermúdez obviamente.

—Yo no sé tu gusto en esta clase de armas, pero sí sé —y con razón porque soy armero de toda la vida—, cual es la mejor y la más práctica y elegante para lucirse con ella entre los más práctico y mejores cazadores—. Pero tú al no entender de esta clase de armas te puede llamar la atención otra menos práctica y de menos valor —dijo Antonio Bermúdez acertadamente y con toda la razón.

—Eso que dice es verdad y pasa en esto y en otras muchas cosas; pues siempre se ha dicho y se seguirá diciendo que uno se compra lo que más le gusta, pero eso que a uno le gusta no será lo más práctico ni lo mejor—. A mí, de todas las escopetas que hay aquí me puede gustar una entre las muchas que hay, pero eso no quiere decir que sea la más práctica ni la mejor —dijo Andrés muy razonadamente.

—Bien, dejemos ahora los gustos y lo práctico y decídetelo por la que tú te llevarías en el supuesto de que estuvieras preparado y en disposición de ello —dijo Antonio Bermúdez pasando su mano por una sarta de escopetas, colocadas cañones arriba, en una estantería o anaquel hecha de ex profeso para

colocar escopetas que se veían como soldados de plomo en estado de firmes y en fila de uno.

—Yo en el caso de comprar una me llevaría ésta —la cogió y la sopesó.

—Tú dices que no entiendes de escopetas, pero al azar o a lo que sea, has escogido una de las mejores escopetas y de las más prácticas, y por supuesto una de las de más valor o valoradas —dijo Antonio Bermúdez comedidamente.

Y a continuación le dijo:

—No la pongas en su lugar porque te la vas a llevar —dijo Antonio Bermúdez con quietud, firmeza y seriedad.

—Pero Antonio, que yo ahora no estoy en disposición de comprar esta hermosa escopeta —dijo Andrés, reservándose para él lo que claramente intuyó, sobre el caso de qué se trataba, momento éste en que Nuria le tocó disimuladamente, con un leve golpecito en su codo, un golpecito que era muy elocuente, porque quería decir que ya estaba hecho lo que ella quería y lo que él deseó también.

Ahora Antonio Bermúdez le dijo a Andrés que le dejara su D.N.I. y para otro día que vengas ya tendrás todo arreglado, pero te haces unas fotos, tamaño carné, y vas a un psicotécnico para que te haga un certificado de psicotecnia y de lo demás ya me encargaré yo de hacer todo cuanto haga falta.

—Antonio, que esto ahora yo no lo puedo pagar —dijo Andrés sólo con la idea de que Antonio Bermúdez soltara ya la palabra, de que aquello era un *regalo* porque hasta aquí nada se dijo al respecto, pero el codazo de Nuria lo confirmó, y bien que lo confirmó.

Cuando Antonio Bermúdez Serrano, pronunció, sin ambages la palabra regalo, Andrés estrechó su diestra con la de él y le estuvo dando casi por enésima vez las gracias, pues Andrés estaba muy deseoso de tener una escopeta como la que tenía en las manos, que era mucho más manejable que el mosquetón que le dieron en el campamento para aprender y ejercitarse en el manejo de aquella arma, que según comentarios de sus compañero de campamento aquella arma pasaba de los cinco kilos de peso, y la escopeta que tenía en las manos era una arma de fuego que se manejaba como la caña de la escoba o poco más. Así que era para estar contento si se lograba que no le pusieran obstáculos en el cuartel para darle el correspondiente permiso para poseer aquella hermosa escopeta, que era una virguería según se dice en lenguaje coloquial.

## Capítulo VIII

Cuando Andrés volvió de Albacete, con mucha alegría y satisfacción fue porque Nuria, una vez más, le demostró su gran amor. No le cupo ni un átomo de duda, de que fue ella la que elaboró la tierra para que diera abundante fruto. El fruto que ahora dio su elaboración fue una hermosa escopeta plana, de dos cañones y del calibre 12, según había dicho Antonio Bermúdez durante el ceremonioso regalo. Ahora tenía sobrados motivos para querer más y más a su amada Nuria, y con su padre quedó, por primera vez, grata y sinceramente agradecido. Ahora entendió y comprobó que Antonio Bermúdez no era mala persona, sino que era un pobre hombre (que no un hombre pobre), porque dinero sí que tenía. Pues tenía una gran armería en el centro de la ciudad, además tenía también, una excepcional gama de navajas de Albacete, que no había otra mejor en toda la ciudad. Antonio Bermúdez era bastante tacaño, como su propia hija reconocía, pero la verdad es que no era mala persona. Y lo que Andrés ahora dedujo de su grosero y vil comportamiento, para con él, es que no quería que su hija se enamorara de algún don nadie, y entonces perdería doblemente: perdería a su hija y perdería también a su secretaria o contable, porque su Nuria eran sus pies y sus manos.

Antonio Bermúdez sin saber cómo ni por qué, la fortuna le vino de cara y amasó una muy estimada fortuna, que ni él mismo supo por donde le vino, y él solo no podía llevar los negocios que tenía entre manos, de las navajas, y la armería y, como hizo



mucho dinero, también compró fincas rústicas y urbanas, y él solo no podía ni sabía llevar aquello hacia adelante, y por eso temió que su hija que era diligente y muy capaz se fuera con un don nadie, y él solo lo único que podría hacer, sería quedarse bracicruzado, porque Antonio Bermúdez no tenía preparación alguna. Pero cuando se dio cuenta, cuando comprobó que el hombre que quería a su hija era un hombre alto, decente y bien plantado (como siempre él decía), entonces se vino abajo y se sentía avergonzado, vejado y arrepentido del más ruin comportamiento que tuvo con la persona, con el hombre que quería a su hija que incluso un día se le ocurrió decir que el hombre que quería a su hija solo él valía más que toda su familia junta. Tanto era así que al verlo vestido elegantemente de militar se emocionó, y tanto se emocionó que sus lagrimales lo delataron ante su hija que observó su ánimo tan debilitado que afloró a todo su semblante y sobre todo a sus ojos enrojecidos y licuados por la gran emoción que experimentó y, quizás también por el remordimiento que le produjo el recuerdo de su vil comportamiento con aquella persona, con aquel hombre que, ahora para él era su ídolo, era su Dios, con su brillante carrera de abogado, que era lo que más necesitaba él.

Cuando Andrés fue de nuevo a ver a Nuria, después del ceremonioso regalo de la escopeta, Antonio Bermúdez le dijo que ya tenía preparados todos los documentos pertinentes para que le dieran el correspondiente permiso de armas. Para ir a recoger el dicho permiso de armas del cuartel de la

guardia civil, que estaba a unos trescientos metros de la casa de Antonio Bermúdez, Nuria fue con Andrés y Andrés se identificó ante la guardia civil, con su D.N.I. y el guardia que le entregó el documento y la escopeta le dijo que tenía una *señora* escopeta, porque era ligera de manejo y de las más cotizadas y codiciadas armas que había en el mercado español-. Como la escopeta AYA y de pletinas enteras, como ésta, no hay otra en España-. Enhorabuena y que sepa usarla y cuidarla porque es de lo mejorcito que hay en el mercado español-. Yo también soy aficionado al deporte de la caza menor –prosiguió el guardia- y estoy enamorado de una escopeta como ésta, pero yo no puedo comprar, ni de lejos, una escopeta como la que usted ha comprado.

-Enhorabuena nuevamente y que la disfrute bien -terminó por fin el pesado guardia.

Andrés cogió la escopeta y Nuria cogió la funda y, cuando se dispusieron para salir, después de darle las gracias al pesado guardia, éste les dijo que así no podían, no debían salir, pues la funda es para meter en ella la escopeta, porque por la calle no está permitido, ni por asomos, llevar ninguna arma de fuego al descubierto –les dijo el pesado guardia justo y razonadamente.

-¿Pero esto cómo es? –preguntó Andrés como el que jamás había tenido una escopeta en sus manos.

-Pero hombre, ¿usted es cazador? –preguntó el guardia un tanto escamado.

-Pues si quiere que le diga la verdad es que ésta es la primera vez que cojo una escopeta en mis manos –dijo Andrés un poco turbado.

-Y ¿cómo ha comprado usted esta maravilla de escopeta sin ser cazador? -preguntó el guardia un poco entrometido, según lo calificó Andrés.

-Pues actualmente no soy cazador, pero en adelante quiero serlo -dijo escuetamente Andrés.

-Pero si el permiso de armas de escopeta se le da únicamente al que es aficionada a la caza -dijo el guardia pasando ya de entrometido a inquisitivo.

-Pues ándese con cuidado porque a la Dirección de Armas no se le debe mentir -dijo otra vez el metomentodo del guardia.

-Pero hombre de Dios, no le he dicho ya que actualmente no soy cazador, pero que en adelante lo seré -dijo Andrés con un poco de enfado.

-No lleva usted razón, porque para darle el permiso de armas ha tenido usted que presentar en este puesto una solicitud en la que, necesariamente, ha tenido usted que indicar en uno de sus párrafos que es usted aficionado al deporte de la caza-. Eso en la solicitud, pero también para solicitar el imprescindible certificado de penales -resumió el guardia porque llevaba razón.

-Mire señor, es que el padre de mi novia que es ésta, que se llama Antonio Bermúdez, ha sido el que me ha regalado esta escopeta y él ha sido el que ha hecho toda la tramitación necesaria, según él -dijo veraz y resolutivo Andrés.

-Pues se va usted a escapar por ahí, porque Antonio Bermúdez, es muy conocido y estimado en este acuartelamiento -dijo el guardia con ánimo de que se lo agradeciera a Antonio Bermúdez.

-Pero ahora recuerdo que su cara, que su porte me suena de algo-. Y enseguida cayó en la cuenta y dijo:

-Usted hace algo más de un año estuvo en el calabozo de este acuartelamiento, como mínimo 48 horas -dijo el guardia con semblante de hacer memoria, y recordar.

-Sí señor; lleva usted razón -dijo Andrés, pero aquello ya se saldó, ya se satisfizo de modo y manera positiva-. Precisamente, mire si aquello se quedó bien saldado y muy bien saldado, porque la víctima que es el padre de ésta mi novia, Antonio Bermúdez, ha sido el que me ha regalado esta escopeta que a usted tanto le gusta, tanto le encanta; así que comprenderá que el asunto por el cual pasé 48 horas en el calabozo de este cuartel, ha quedado bien resuelto positivamente para ambas partes.

-Pues la verdad es que es un caso insólito, que no todos los casos de esa naturaleza se resuelven así -dijo el guardia con gesto de pasmo, de asombro y de extrañeza.

-Pues el caso se resolvió igualito que se lo estoy diciendo, y si no lo cree así, a las pruebas me remito -dijo Andrés mirando ora a Nuria ora al guardia.

-Bueno ¿cómo se coloca la escopeta en su funda, porque yo es la primera vez que tengo una escopeta en mis manos?, -dijo Andrés un poquito ruborizado.

-¡Trae, trae, déjame la escopeta!, -pidió Nuria con desparpajo y destreza.

Nuria tomó la escopeta y la abrió, la desarmó, la culata por un lado y los cañones por otro-. Y enseguida metió los cañones en su funda y la culata

también en la suya correspondiente-. Echó las hebillas de ambas bolsas y dijo:

-Ya está todo listo y ahora mismo nos vamos -le dijo a Andrés al tiempo de saludar con la mano al guardia y a Andrés le dijo que cogiera el asa de cuero que unía ambas bolsas o fundas.

El guardia y Andrés quedaron admirados al ver la disposición y destreza conque Nuria desarmó la escopeta y ambas partes las colocó con infinita habilidad y destreza en sus fundas correspondientes.

Cuando Andrés y Nuria volvieron del cuartel Antonio Bermúdez preguntó por si les habían puesto alguna pega al entregarles la escopeta y el permiso de armas, y ambos dijeron que el guardia que los atendió, era demasiado preguntón y metomentodo-dijo Andrés al padre de Nuria.

-¿Es alto, enjuto, moreno cetrino y tiene bigote? -preguntó Antonio Bermúdez.

-Exactamente -dijeron casi al unísono Andrés y Nuria.

-Ya lo conozco yo y bien, pero en el fondo no es mala persona -dijo Antonio Bermúdez-. Pero en el fondo no es mala persona, volvió a repetir Antonio Bermúdez.

-¿Pero os ha puesto alguna pega importante, porque si así fuera ya se las vería conmigo? , porque ése y otros dos más tienen mucho que agradecerme a mí-. De los tres guardias que tienen mucho que agradecerme, ese delgado, chupado de cara, alto, moreno y con bigote, es el más entremetido y el más gorrón, pero conmigo no le vale. Los pobres que salen al campo en busca de hierbas comestibles, como collejas, cardillos, brevas higos, melones y

demás, le temen como una vara verde, porque les quita lo que los pobres han buscado y se lo echa en su cartera, y encima los lleva al cuartel para presentárselos al señor comandante de puesto como personas de cuidado, sinvergüenzas y mangantes. El comandante de puesto les fija una multa que los pobres no pueden pagar, y al no poder pagar porque no tiene dinero ni bienes de clase alguna, la multa se la conmutan por días de arresto domiciliario o en la cárcel de la ciudad. Se diga lo que se diga es una mala persona, y no es santo de mi devoción, pero para muchos pobres de la ciudad es un ogro, bárbaro y salvaje, pero para mí no es un monstruo que tiene un gran ojo en la frente y una cola de león. Para mí no es más que un mal hombre malo, malísimo, siniestro y desdichado, y por lo demás para mí es sólo un hombre cualquiera que come, que bebe y que...y, en fin, que hace todo lo demás, como cualquier hijo de vecino, y nada más.

-Pero conmigo no le vale- continuó Antonio Bermúdez-, porque teme que lo deje sin cazar en mi coto, pues todas las temporadas de caza les doy a él y a otros dos más, una tarjeta para que puedan cazar en mi coto-. Y si te hubiera puesto alguna pega gorda para entregarte el permiso de armas y la escopeta, para él se acabarían las tarjetas, y eso a él le haría mucho mal, porque la caza le gusta más que rascase una pupa -así terminó Antonio Bermúdez su larga parrafada.

-¿Pero es que usted es dueño de un coto de caza?, -preguntó Andrés con mucho interés.

-Pues sí que tengo un coto de caza, con más de 300 hectáreas y muy rico de toda clase de caza

menor: conejos, perdices, liebre, palomas torcaces, tortolillas, codornices, zorzales y demás —dijo Antonio Bermúdez con orgullo al novio de su hija.

—Ahora cuando se abra la media veda vendrás un día conmigo y te lo enseñaré y tú podrás cazar las piezas que, en dicha media veda, sea lícito cazar —le dijo Antonio Bermúdez a Andrés muy orgulloso de su coto, para su familia y para todos sus amigos.

—Andrés jamás tiró con escopeta, pero le gustaba tanto que estaba impaciente y deseoso de que llegara el tiempo de abrir la media veda para poder cazar. Antonio Bermúdez le daría algunas instrucciones y pronto aprendería a tirar con la flamante escopeta, pues él sólo había tirado con el mosquetón, cuando hizo el servicio militar, que por cierto se le dio bien ese ejercicio de tirar al blanco, pues los compañeros siempre lo felicitaban por lo bien que lo hacía.

El día 12 de agosto de 1957, Andrés llegó a Albacete. El tren llegó a las siete de la tarde, y cuando hubo abrazado a Nuria y besar a Carmen y a Antonio, éste le dijo que si tenían pensado de dar un paseo, él tenía deseo de acompañarlos. Y Andrés dijo que por él encantado, a lo que Nuria dijo que a ella le encantaba tanto o más que a él.

Salieron los tres juntos, Nuria cogida del brazo derecho de Andrés y del izquierdo de su padre, sin decir ninguno hacia donde iban, sin embargo el padre de Nuria iba marcando la dirección, hasta llegar a una tienda de deportes y, aquí, Antonio Bermúdez, dijo que en esta tienda iban a entrar. Andrés, al momento dedujo el motivo de entrar en aquella tienda, pero se calló y no dijo nada al

respecto, de lo que él hipotéticamente supuso; sin embargo en su fuero interno se alegró de entrar en aquella tienda que olía a cuero y a lona.

El padre de Nuria le dijo a Andrés que mirase un chaleco de cazador, que a él le gustase. Y Andrés le contestó que él no era entendido en esa clase de pertrechos, y le dijo a Antonio que le indicara el más práctico y conveniente.

Antonio señaló al tendero uno que a él le gustó y que lo alcanzara y se lo probara para ver cómo le caía o le estaba.

El chaleco que a Antonio le gustó, Andrés se lo probó, pero le quedaba algo estrecho, y Antonio le indicó al tendero otro que, puesto, le quedó como de molde, y a Andrés también le gustó.

Luego Antonio señaló al de la tienda que le mostrara el equipo completo del cazador. El equipo completo del cazador lo constituía unos pantalones de tejido fuerte y de color verdoso con unas manchas blanquecinas, que luego en el monte, era muy idóneo para camuflar; la sahariana del mismo tejido y color; el tendero de artículos de deportes midió la cintura y la altura con una cinta métrica y, enseguida le buscó, entre los muchos que tenía, el adecuado, que luego en casa se lo probó y le quedó como de horma.

Antonio le pidió al tendero unas botas haciendo juego y una gorra o un sombrero, pero Antonio Bermúdez recomendó que en lugar de una gorra fuera un sombrero, que, para él, el sombrero era más elegante y como de más cazador.

Ahora Andrés recordó que el padre de Miguel Quesada, el que sustituyó, el que suplantó a su padre

en la administración de la Gran Casona, Miguel también, alguna vez lo vio con un sombrero de cazador, en cuya base de la copa, ennegrecida y sudorosa, de varias temporadas de caza, llevaba siempre tres plumitas de codorniz, que le daban un aire y un porte de cazador de casta, de casta y de buen linaje, como si sólo aquellas tres plumitas fueran el signo o el símbolo del buen cazador.

Las botas, allí en la tienda, se las probó y a las dos pruebas dieron con las suyas. El sombrero de cazador que Andrés se probó, le caía mejor que bien, en tanto Nuria se reía al ver la cara que Andrés ponía, ante el alto espejo donde se miró y remiró.

Seguido de lo ya reseñado Antonio pidió una canana o cartuchera de cuero de 25 cartuchos, es decir, de una caja entera de cartuchos y cuatro o cinco cajas de cartuchos, mitad de perdigones del "8" para las tórtolas y la otra mitad de perdigones del "7", para las torcaces.

Para el pago de todo lo adquirido, que ascendió a 10200 pesetas, Antonio Bermúdez sacó un talonario de color verde de cheques y se lo dio a Nuria para que ésta lo extendiera al portador.

Andrés hizo ademán de sacar su cartera, pero el acto no lo consumó porque Antonio Bermúdez le sujetó la mano, que iba hacia el bolsillo trasero de su pantalón, que Andrés era consciente de que en ella no tendría dinero ni para pagar tan siquiera el importe del sombrero, que tan bien le caía y que tanto le gustó.

El traslado de todo lo que adquirieron, en la tienda de deportes, lo llevaban entre Andrés y Nuria, todo acoplado en una especie de saco que el tendero

les proporcionó, de forma tal que parecía como si al saco le hubiesen puesto una oreja en cada extremo de la boca.

Cuando llegaron a casa de Nuria con el saco que el tendero les preparó, dejaron éste en el suelo y Antonio Bermúdez dijo:

-Bien; ya tienes íntegramente el equipo del cazador, y mañana, domingo, que es el día de la apertura de la media veda, en el coto te quiero ver, con tu flamante escopeta y todo tu equipo del cazador, tirarle a las tórtolas y a las torcaces, y tener buena puntería para que no se te escape una.

-Padre, ¿yo puedo ir con vosotros? -preguntó Nuria, con deseo, con mucho deseo de ver a Andrés, vestido de cazador, de pies a cabeza, para ver a Andrés tirarle a las palomas, a diestra y siniestra, mientras las tórtola o las torcaces, seguirían su viaje sin inmutarse un ápice.

-Pues claro que si quieres venir puedes venir, pero que tienes que madrugar muchos, pues como mínimo tenemos que salir con estrellas, porque las torcaces y las tórtolas madrugan mucho para ir a buscar comida -le dijo el padre a la hija, convencido de que ese deseo había partido, en buena parte, de su novio, de su Andrés.

-¿Y qué tengo que llevar, qué tengo que ponerme, de vestido y de calzado?, -preguntó de nuevo la hija al padre.

-Tienes que llevar lo que más viejo, lo más deslustrado que tengas, porque tienes que sentarte en el suelo y hasta agacharte para que las palomas no te vean -aconsejó Antonio a su hija.

-¿Tengo que llevar alguna prenda de cabeza?,  
-volvió a preguntar.

-Para la cabeza puedes llevar un simple pañuelo, viejo que tengas, o alguno de tu madre, porque tendremos que estar allí hasta bien salido el sol, y el sol de mañana es un sol que abrasa -volvió a aconsejarle el padre a la hija.

Nuria se pertrechó de lo más sencillo y humilde que encontró en aquel baúl grande que había en la casa: llevaba un vestido descolorido y hartó ya de haberlo llevado al lavadero, y se lo puso superpuesto o adicional por si en algún momento, su padre dijera de entrar en algún local para tomar algo. No fue así y ella se alegró de que así fuera porque de ninguna de las maneras el atuendo que se puso estaba como para entrar donde hubiera personas respetable o distinguida, que al momento la mirarían con cierto desdén o menosprecio.

## Capítulo IX

Aquella noche del sábado once de agosto de 1957, Antonio Bermúdez dijo a Andrés, que repasara bien todo el equipo del cazador, pues es costumbre de hacerlo para que por la mañana lo tuviera todo en orden, y no por aquí las botas, por allá el sombrero, y todo lo demás, que todo lo tuviera a mano y así no perder tiempo, buscando, cada cosa por un lado, y en total desorden-. También es costumbre de toda la vida, pasar con una bayeta los cañones de la escopeta y, cuando ya lleves más tiempo con ella, limpiarla con la bayeta untada con un poco de aceite de la máquina de coser (pues aún no se conocía el llamado *tres en uno*), y usted caro/a lector/a, me dirá que ¿qué tiene que ver el aceite de la máquina de coser con el *tres en uno*?, y yo se lo aclaro enseguida. Veamos: el poder político, el poder mediático y el poder económico, los tres son uno solo.

Pues siguiendo con el consejo del limpiado de la escopeta de Andrés, Antonio Bermúdez le aconsejó que haciéndolo así siempre la tendría limpia, y eso se nota mucho en un cazador limpio y aseado, o en un cazador desastrado, lo mismo que el que tiene un coche, una bestia, un perro u otra cosa, porque el hombre que es desastrado eso se nota a la media legua-. Como también se ve la persona (hombre o mujer) que es limpio/a, aseado/a o pulcro/a.

-Gracias, muchas gracias, Antonio por el consejo, pero a mí, sin ponerme moños, esos consejos no los necesito, porque la limpieza para mí

es mi fuerte-. Jamás entré en una casa propia o ajena con los zapatos sucios, ni con la camisa, pantalón o chaqueta sucios-. Mi madre incluso, a veces, me regañó, porque perdía mucho tiempo en la puerta o lejos de ella, siempre limpia que te limpia, y, a veces, la comida puesta en la mesa, se enfriaba porque Andresito perdía mucho tiempo limpiándose las botas o los zapatos, hasta no dejar ni la más mínima brizna de hierba o barro en los zapatos o botas-. En verano, las alpargatas, también me sentaba a larga distancia de casa, para sacudir el polvo adherido a ellas -todo esto dijo Andrés de un tirón, hasta que Antonio le dijo:

-Limpio sí, pero hombre por Dios, no tanto -le dijo Antonio parándole el carrete a Andrés, que nunca acababa.

-Bien, pues con tu larga parrafada, ya no es necesario, ya no es menester, darte lecciones o consejos, sobre la limpieza de las cosas o el aseo personal, pues todo ha quedado como un sol, como un sol de primavera sin mancha o mácula alguna -dijo Antonio Bermúdez con su pizca de ironía.

A la mañana siguiente, Antonio Bermúdez se tiró de la alta cama con un salto como un corcel. Eran las 6,30 de la mañana y aún no se veía bien. Llamó con los nudillos de su mano derecha en la puerta del cuarto donde durmió Andrés.

Al momento se oyó la voz sobria y templada de Andrés que dijo:

-Adelante, pues Andrés ya estaba lavado, peinado y vestido al nuevo uso del cazador, sólo le faltaba colocarse, bien, el sombrero, que Antonio

Bermúdez le dijo que se lo canteara un poco hacia el lado derecho.

Poco tiempo después se oyó la voz de Nuria, que desde su cama dijo a su padre que no intentara irse hasta que ella se incorporara.

-No tardes, Nuria; Nuria no tardes, que ya es la hora de salir.

El viaje lo hicieron en el tractor que Antonio tenía para labrar sus tierras. Las tierras las labraba un tractorista que tenía, que por ser domingo, el tractorista descansaba, y como Antonio también sabía manejarlo, lo tomó para ir a la finca donde estaba el coto de caza.

Andrés dijo que por qué no se iban en su coche que es más rápido y más cómodo.

-Pues no señor, tu coche no lo metes en estos estrechos carriles de abundantes badenes y piedras -dijo Antonio Bermúdez con muy buen criterio y discreción.

Y efectivamente, por el carril no iba el tractor como una seda. Se traqueteaba tanto que, si alguno se hubiera quedado algo falto de sueño, en el tractor no podría dar una cabezada para desquitarse del sueño perdido. Era un traqueteo, un estremecimiento y agitación, y también un ruido infernal, porque sonaban las aldabas de las puertas, el portalón trasero, los laterales, las cadenas y demás como si ellos fueran los anunciadores del circo Price, que por aquella época ya existía.

Al llegar a la finca, Antonio paró el escandaloso tractor, abrió la gran cancela pintada de verde, de barrotes de hierro dispuestos en sentido vertical y lo metió dentro de la gran verja.

Cuando se paró el tractor, los tres quedaron como sordos, y Andrés, que se tiró el primero al suelo, enseguida cogió a Nuria de las axilas y la puso en el suelo, y en ese instante a Nuria se le escapó un ¡ay!, que era de hartura del tractor, que Andrés dedujo al momento que aquel ¡ay! de eso era.

Ya empezó a verse la aurora por oriente, y el fresco de la mañana era un poquito acentuado, pero daba gozo contemplar aquel cielo azul, con algunas pequeñas estrellas que aún se podían ver si te fijaba bien en el azulado cielo. Y gustaba ver el contraste que hacía el azulado cielo, con la cada vez más amplia y más cercana la aurora matinal encarnada, que anunciaba la salida del astro rey: el Sol.

Antonio aconsejó que tenían que terminar de pasar el campo de girasoles con aquellas hermosas tortas llenas de pipas que se doblaban de lo que pesaban, para ponernos delante de ellos apostados tras unos arbustos, como encinas sin podar y muy tupidas, y desde detrás de ellas con la cabeza algo gacha, porque las palomas, tanto torcaces como tórtola, el sentido más desarrollado que tienen es el de la vista, y te ven y te distinguen hasta a una distancia de 300 metros, y si decimos algo más no mentimos.

Las palomas vendrán de la parte del bosque hasta llegar a los girasoles, que ya habían probado las hermosas tortas apretadas de pipas de girasol, que les gusta a las palomas (torcaces o tórtolas), tanto o más que la veza o los yeros.

Como las palomas necesariamente, tenían que pasar por encima de ellos para llegar a los girasoles,

ese era el momento crucial, para disparar y, si tiras medianamente bien, puedes descolgar algunas, porque se te ponen a huevo —todo esto se lo comentó Antonio Bermúdez a Andrés, antes de separarse Antonio de Andrés y de su Nuria.

Andrés, vio venir dos hermosas torcaces juntas, y se echó la escopeta a la cara y apuntó y apuntó, y las palomas pasaron por encima de las cabezas de Andrés y de Nuria, que ésta estaba camuflada tras un tupido torvisco y una retama, y Nuria le dijo a Andrés:

- ¿Por qué no les has tirado, si te han pasado por encima de tu cabeza?

Y Andrés le dijo:

-Que sí les he tirado, pero que por observar tanto y tanto las advertencias y precauciones de tu padre, cuando tiré de un gatillo y luego del otro, no salió el tiro porque la escopeta la tenía desmontadas, la tenía con el seguro echado.

-Hay quien dice, y con razón, que “la prudencia exagerada puede darnos una mala pasada”, y es verdad a tenor de lo que a Andrés aquella mañana le estaba ocurriendo.

-Pues vaya plan —dijo Nuria con un mohín de disgusto—. Pues si para esto de la caza seas tan meticuloso como dices que eres para limpiarte las botas o los zapatos, *aviaos* estamos —se dijo Nuria para sí misma.

-Pero mira que vienen otras dos por la izquierda y otra más por el frente —le dijo Nuria nerviosa, tan nerviosa como él.

Pum..., pum



-Ahora le has dado a una y parece que va a tomar tierra.

-Sígala, sígala a ver donde cae -le dijo Andrés nervioso y sin el sombrero, porque tanto se retrepó que el sombrero resbaló por la espalda.

Nuria corrió y corrió y la torcaz cayó y ella la cogió aún viva, y se la llevó a donde estaba Andrés, más contenta que unas pascuas.

Pum...pum -ésta sí se pegó un vejigazo a no más de un paso de donde estaba Andrés. Y enseguida Nuria la cogió y la juntó con la otra viva, que a poco cerró sus ojos para siempre.

-Tu padre también tizonea -dijo Andrés a Nuria al oír los pims pams, que enviaba Antonio desde su puesto.

-Y bien que tizonea, y verás como él solo trae más que nosotros dos (ella también se contaba como cazadora).

-Mira Andrés que te vienen otras dos por la derecha, y otra más por el frente y a ver si ahora tienes suerte -le dijo Nuria nerviosa.

-Pero ¿qué haces que no tiras?, -¡mira que cojo yo la escopeta!, -dijo Nuria a Andrés al ver que las palomas pasaban y pasaban y Andrés que no tiraba.

-Pues es que el sol me las ha tapado, cuando estaba a punto de disparar, de apretar el gatillo -dijo Andrés casi avergonzado por lo que ella pudiera pensar de que era un pusilánime y un mal cazador.

-Y ahora ¿qué me dices?, -dijo Andrés cuando cayó una tórtola cerca de donde ellos estaban.

-Muy bien, así es como tienes que hacer siempre, tantas veces como tires -dijo Nuria sin poder contener el nerviosismo.

-¿Cuántas tenemos ya?, -preguntó Andrés.

-Tenemos dos grandes y una chica -dijo Nuria con gesto de que aquello era ridículo.

Pum...pam. ¿Y ahora cómo lo ves?, -dijo Andrés al ver y oír la torcaza que pegó otra en el suelo.

-Así es como tienes que hacer tantas cuantas veces tires. Pero que tires y no te quedes viéndolas cómo vuelan -dijo Nuria más enfervorecida y entusiasmada que el propio Andrés.

-Ya viene tu padre por allí -dijo Andrés.

-¿Y ya nos vamos? -preguntó Nuria con gesto de que aún podrían venir más.

-Antonio llegó con su percha: traía cuatro torcaces y tres tórtolas.

-¿Cómo se os ha ido la mañana?, -preguntó.

-Tenemos tres grandes y una chica -dijo Nuria no del todo enojada.

-Yo he descolgado cuatro torcaces y tres tórtolas -dijo Antonio como que no estaba muy mal.

-He podido tirar a más tórtolas, pero las he dejado pasar porque no merece la pena, pues una torcaz vale por tres tórtolas y por eso he dejado a muchas pasar -dijo Antonio como hombre entendido en la caza y sabiendo valorar las piezas.

A Andrés le pegó fuerte el gusanillo de la caza, y a Nuria tanto o más que a él. Había quedado muy satisfecho, porque si no hubiera tenido la escopeta desmontada cuando pasaron aquellas dos primeras hermosas torcaces, con toda probabilidad hubiera descolgado otra más; y otra seguro, cuando el sol le impidió tirar a otras dos que le vinieron a la medida como de cajón de sastre.

Hay que recordar que si Andrés descolgó las piezas que derribó, fue merced a las instrucciones que el padre de Nuria le hubo dado la noche anterior.

Antonio le había dicho a Andrés que para tirar a una pieza volando, necesariamente tenía que tapar la pieza con los cañones, pues si tiras viendo tú la pieza, jamás cobrarás pieza alguna.

-Así -le dijo: cuando veas la pieza venir te echas la escopeta a la cara y diriges los cañones hacia ella y, cuando con los cañones, las hayas tapado, sin tú verlas, dispara, y es la única manera de que alcances la pieza.

Andrés lo entendió, lo comprendió y lo ejecutó y después reconoció que, sí, que así era la única manera de abatir la pieza.

Para Nuria aquella mañana fue una mañana de muchos nervios, pero nervios vigorosos y gustosos, porque unido a lo estimulante que era ver venir las palomas y saber que al llegar a la altura de donde ellos estaban, sonaría el estampido, el cañonazo, y saber que si la suerte, o mejor, si la buena puntería les acompañaba, vería descender la pieza como si fuera el maná, como si fuera el manjar milagroso, enviado por Dios a modo de escarcha, para alimentar al pueblo de Israel en el desierto. Unido a todo esto era vivificante aspirar con fruición aquel airecillo perfumado, campestre, y ver la aurora matinal sonrosada, que precede inmediatamente a la salida del sol.

Seguidamente, volvieron al mal gusto traqueteo del tractor, y tanto sonaban las integrantes partes del mismo, que Nuria y Andrés, apenas se podían

comunicar, con la de hechos, sucesos y casos, que tenían para platicar.

Con Antonio tampoco se podían comunicar, pues si lo intentaban era tiempo perdido, ya que ni una sílaba ni de unos ni de otras se podía captar, por el desagradable e infernal ruido que producían aquella máquina amarilla, que sería buena para las labores del campo, pero que era un petardo para viajar.

Por fin llegaron al cobertizo o hangar donde Antonio metía su tractor y los demás aperos de labranza, y desde allí a casa que distaba unos trescientos metros.

-¿Cómo se ha dado la mañana? -fue lo primero que preguntó Carmen, la madre de Nuria.

-Pues no se ha dado muy mal: traemos once piezas, por lo que no nos podemos quejar -dijo Antonio a su mujer.

-Madre, yo esta mañana he sido muy feliz, porque he visto lo que nunca antes había visto -dijo Nuria a su madre con sincera alegría.

-Y ¿tú, Andrés, cómo lo has pasado? -preguntó Carmen a Andrés con deseo de que éste también dijera que lo había pasado bien.

-Carmen, créame si le digo que yo he sido el más feliz de los tres, porque ha sido algo nuevo, ha sido una experiencia que, en lo que tengo de vida, nunca antes la viví, ni creí que pudiera existir un escenario, una realidad, como la que he visto y he vivido esta mañana -manifestó Andrés con sincero entusiasmo y emoción-. El maravilloso espectro de la aurora matutina -siguió-, nunca antes lo había visto, y ha sido, para mí, una visión sorprendente, y

porque el insoportable ruido y traqueteo del tractor no nos ha permitido ver y contemplar, en todo su esplendor, esa impresionante visión.

-Así, pues, que tú has sido el que más ha disfrutado de una hermosa mañana de verano o ¿ha sido el deporte de la caza lo que más te ha hecho feliz? -preguntó de nuevo Carmen a Andrés.

-Me han hecho feliz ambas cosas, pero tengo que reconocer que el deporte de la caza, ha sido para mí, estupendo y asombroso, y para mí será desde ya el deporte más bonito, más atractivo y más ameno que poder o haber pudiera.

-Poco después Andrés preguntó a Nuria que si se podría duchar y ésta le dijo que hacía preguntas de niño grande-. Ahora mismo de allí vengo yo, ¿pues es que no me notas que estoy limpia, que estoy aseada? -preguntó Nuria a Andrés.

-Pues eso es, precisamente, lo que me ha recordado la ducha; el que desprende tu cuerpo un olor de aseo y pulcritud -dijo Andrés a Nuria, al tiempo de hacer ademán de besarla, pero no pudo ser porque Carmen estaba ya en la salita ya en la cocina, y no estaban seguros de que ella no los viera, y se guardaron el deseo para por la tarde, cuando salieran a darse el acostumbrado paseo de todas las tardes de domingo, que Andrés estuviera allí.

Aquella tarde de domingo, 12 de agosto de 1957, se fueron a ver una gran película que ponían en el cine "Continental", del centro de la ciudad, por lo que cogieron el flamante coche negro que tenía Andrés, y con él ya iba y venía de su pueblo a Albacete y viceversa. La película que iban a ver se titulaba "Horizontes de Grandeza", cuyos interpretes

principales fueron unos de los más famosos actores norteamericanos, como Charlton Heston y Gregory Peck. Charlton Heston, fue además, protagonista de grandes películas como "El Mayor Espectáculo del Mundo", "Los Diez Mandamientos", "Ben-Hur", "El Salvaje", "El Secreto de los Hincas" y otras muchas más; películas que permanecían meses y meses en las carteleras de los más famosos cines españoles.

Aquí en un rincón de la gran sala del cine saciaron, con largueza, -el deseo de abrazarse y besarse.

Y a la mañana siguiente, Andrés salió, como de costumbre, de Albacete a eso de las ocho de la mañana, y no tardaba ni cuatro horas en ponerse en su pueblo, en Los Encinares.

Su madre, Emilia, no cesaba de aconsejarle que siempre que cogiera el volante del coche tuviera mucho cuidado y precaución.

-Madre, qué ya lo sé y tienes mucha razón en todo lo que me encargas, pero el coche a mí le tengo yo más respeto del que tú te puedas imaginar, porque sé muy bien que al más leve desliz puede costarle a uno la vida y ¿quién va a querer más la salud que el propio enfermo?, -dijo Andrés a su madre.

Yo cuando cojo el volante del coche pongo en él los cinco sentidos, y también lo pongo todo en manos de Dios -dijo Andrés a su madre, al tiempo de cogerle ambas y besárselas.

## Capítulo X

Andrés, ya lo sabemos, tenía abierto al público su despacho de abogado en la ciudad, pero iba y venía, cada día, a Los Encinares, a casa de sus padres. Y en la casa de sus padres, cenaba, dormía y desayunaba, la comida del mediodía, la tomaba siempre en un modesto restaurante de la ciudad, que como era cliente asiduo o fijo, lo trataban con suma delicadeza, diligencia y amabilidad.

En esta situación llevaba ya varios días pensando, y otros tantos meses cavilando sobre que ya era hora de ir pensando en ir construyendo su propio nido, pero, previamente, tenía que contraer matrimonio con su amada Nuria.

Pensaba también, que tenía que hablar con sus padres, para ir preparándose y estar sobre aviso, para la ancestral costumbre de la petición de mano.

Padre, tenemos que ir pensando en la petición de mano de mi novia, porque a todos le llega su hora -le dijo Andrés a su padre después de haber tomado la cena, estando presente también su madre.

-Hijo, tú sabrás tus cuentas y tu situación, para dar ese importante paso, que precisa de dinero más que de tiempo y de deseo.

-Y con esto le dijo -le dio a entender Andrés a su hijo y tocayo -que lo entendió muy bien, que ellos no podrían ayudar mucho económicamente.

-Yo no soy tonto, padre, y sé muy bien vuestra, nuestra, situación económica, pero que si esperamos a que nuestra situación económica mejore, entonces

es mejor *echarle guindas al pavo* -dando a entender con esa imaginada ocurrencia graciosa, que la mejora económica nunca llegaría.

-Es verdad que la situación económica no tiene visos de mejorar, porque sin fallo alguno, dos y dos, siempre han sido y lo seguirán siendo, cuatro. Y esa matemática nunca ha fallado y nunca fallará -dijo Andrés padre a su hijo también Andrés.

-De todos modos tenemos que hacerlo como sea-. Pues para la petición de mano no tenemos que hacer gasto alguno, según un libro que compre cuando estudiaba el bachiller, el gasto de la cena de ambas familias que, se reunirán en la casa de los padres de la novia, son éstos los que deben organizar el encuentro y pagarlo todo.

-Y bueno, hijo, ¿no se podría suprimir lo de la petición de mano, y con ello te ahorrarías un dineral, que buena falta te hará para lo que después de esa petición de mano, sin duda vendrá? -propuso el padre al hijo.

-Ya te he dicho, padre, que según leí en aquel libro que compré y que estará por algún cajón o carpeta, decía textualmente: "que son los padres de la novia los encargados de organizarlo todo y, ellos también correrán con todos los gastos que se originen en ese encuentro que ambas familias tendrán".

-Pues yo no lo entiendo así -dijo el padre al hijo.

-Veamos, padre: cuando vinieron a pedir las manos de tus hijas, Rosita y Andrea, ¿Cuánto pagaron los padres de sus respectivos novios, (hoy sus esposos?).

-Bueno, Andrés, aclárame bien lo que dice ese libro de la petición de mano de una novia –pidió Andrés, padre, a su hijo.

-Aquel libro, titulado “Matrimonio Cristiano” contenía y contendrá, donde quiera que esté, párrafos como los que siguen: “Una vez que los novios han decidido contraer matrimonio, se lo comunican a todos los familiares más cercanos, y, principalmente a los padres de la novia. Esta formalidad tiene su origen, en el consentimiento que necesitaban las novias de su progenitor para poder contraer matrimonio, y en el que, de alguna manera, “se negociaba” o “arreglaba” el matrimonio de la hija. Solamente es un acto de carácter familiar, sin ningún otro tipo de pretensión al de únicamente petición de mano.”

“Los padres del novio son los que acuden a la casa de los padres de la novia. El encuentro, según reza el protocolo, lo deben organizar y pagar los padres de la novia (aunque todas estas cosas suelen arreglarse *motu proprio*”).

“Según la tradición es preceptivo que el novio envíe esa misma mañana un ramo de flores a la novia.”

“Esta reunión de las familias (próximas a emparentar), sirve para un conocimiento más amplio y profundo de ambas familias, generalmente, mucho mejor que antes, (donde el novio no podía ni pisar la casa de la novia, muchas veces”). “Son los novios, los encargados de ir presentando a las dos familias, utilizando las normas de Protocolo normales para las presentaciones.”

-Todo esto es con respecto a la petición de mano, pero para el consiguiente o derivado acto de contraer matrimonio, aquel libro decía también:

“Algo viejo, algo nuevo, algo prestado y algo azul. Esta antigua costumbre se ha mantenido hasta nuestros días. Lo viejo simboliza la conexión de la novia con el pasado, la continuidad; lo nuevo es la nueva vida que los novios van a empezar. Lo prestado simboliza la creencia de que se podría atraer la felicidad, usando algo prestado por un amigo/a que fuera feliz, y lo azul, simboliza la felicidad plena. Su origen estaba en la Edad Media en Europa, una época de gran superstición”.

#### LOS ANILLOS DE BODA.

“Símbolo tradicional de lo ilimitado (eternidad).

El rito de los anillos en el matrimonio fue tomado de la ceremonia pagana entre los romanos. En el ritual toledano se usaban dos anillos y en el romano solo uno. Hace referencia a la fidelidad.

En la antigüedad, las hijas se consideraban “propiedad” de sus padres. Cuando llegaba la hora de desposar a la hija si su padre lo aprobaba, él en efecto, transfería la posesión de su hija al novio. Hoy el acto de entregar la novia al novio en el altar, simboliza la bendición de sus padres al matrimonio. La luna de miel.- En la antigüedad fueron los teutones (alemanes), quienes comenzaron con la práctica de la Luna de Miel. Las bodas de los teutones solamente se celebraban bajo la luna llena, y después de la boda, los novios bebían licor de miel

durante treinta días, o sea, un mes justo. Finalmente, el periodo inmediatamente posterior a la boda llegó a conocerse con el nombre de Luna de Miel. Mientras el nombre sobrevivió, el propósito de la luna de miel cambió, y después de la boda, los novios dejaban su familia y sus amigos para hacer lo que tienen que hacer los recién casados. Hoy la tradición sobrevive aunque se incorpora al concepto de 15 días de vacaciones.

Ahora en España las alianzas suelen ser lisas, de oro o platino y llevan en su interior los nombres grabados de los cónyuges con la fecha del enlace.”

#### LLEVAR HUEVOS A SANTA CLARA.

“Los huevos representan lo que nace (el huevo de Pascua, el inicio, el estreno de la primavera), y el alejamiento de las desgracias. Cuando se llevan huevos a Santa Clara, es para rogar que haga buen tiempo el día de la boda. Aunque otra idea dice que la lluvia en el enlace quiere decir que se tendrán muchos hijos.”

Y llegó el día de la petición de mano de Nuria. Aquella mañana Nuria había recibido un hermoso ramo de flores por medio de un mensajero.

Andrés se lo había hecho saber, además de a sus padres que eran los peticionarios, a sus hermanas Rosita y Andrea, con sus respectivos cónyuges, que la tarde-noche del día 12 de octubre de 1957, a las 21,00 horas tendría lugar el acto de la petición de mano de Nuria, en la casa de los padres de ésta, en la ciudad de Albacete.

En el coche de Andrés fueron los tres: Andrés, padre, Emilia y él.

Se habían citado para salir juntos, sus hermanas y sus cuñados, en la gasolinera que había a la salida de la ciudad.

A poco llegaron sus dos hermanas con sus esposos, pues por parte de Andrés sólo fueron la familia mencionada.

Llegaron a Albacete a eso de las 8,30 de la tarde y aparcaron los tres vehículos, muy cerca de la casa de los padres de Nuria.

Al instante salieron a recibirlos la familia de Antonio Bermúdez, que tampoco era muy larga, pues ellos en total eran ocho.

Finalmente se reunieron 15 personas entre ambas familias, que todos fueron presentados por Nuria con la diligencia y apresuramiento que la caracterizaba.

La cena no pudo ser más parca y sobria, pero todo muy exquisito y sabroso, y ambas familias quedaron gratamente sorprendidas, tanto la familia de Andrés, de la familia de Nuria, y, la familia de ésta, de la familia de Andrés.

Jesús María, esposo de Rosita, hermana mayor de Andrés, fue, el que, en cierto modo, dirigió el protocolo del acto de la petición de mano de Nuria, y Antonio, hermano mayor de Nuria, colaboró con su verbo fluido y absorbente, a que todo quedara lúcido y bien sentado, todo lo relativo a la fecha y hora en que tendría lugar el enlace matrimonial entre Andrés y Nuria.

Antonio Bermúdez, padre de Nuria, objetó ante todos los miembros de ambas familias, que a él le

haría mucho bien el que Andrés y Nuria se instalaran allí en Albacete, donde ya tenía él un piso preparado con muebles y todo para ellos, en una de las zonas residenciales de lo mejor de la ciudad.

-Pero ellos ahora así, de momento, no podrán hacer frente al pago de un piso en una zona residencial de lo mejor de Albacete -apuntó Andrés, el padre del novio.

-No, señor Andrés; ellos no tienen por qué hacer frente a ningún pago, porque el piso ya lo tengo pagado yo, con la intención de que sea para ellos -dijo Antonio Bermúdez con gesto de firmeza en sus palabras.

-Pues entonces, por mi parte no hay más que hablar del presente asunto-. Pues ahora los que tienen la palabra son ellos -dijo Andrés mirando a su hijo y a su futura nuera, intuyendo que la propuesta u ofrecimiento que había hecho su futuro consuegro no "era moco de pavo."

El novio echó una mirada inteligente a Nuria y ésta lo miró a él con gesto de que el plan ofrecido por su padre, no era como para desdenarlo, pero Andrés manifestó que él aceptaba la propuesta, el ofrecimiento, de su futuro suegro, pero que ello tenía sus pros y sus contras, porque en su ciudad ya tenía abierto al público su despacho de abogado y, en tan sólo seis meses ya tenía una buena cantidad de clientes, que, de momento, no la tendría allí -dijo dando a entender que, si por una parte lo del piso era genial, por el otro era una aventura que tenía que correr, y no estaba asegurado que allí pudiera tener la misma suerte que tuvo en su ciudad.

-Por lo de la clientela a la que te refieres, no tienes por qué preocuparte, porque yo tengo amigos y conocidos que son muy dados a dirimir sus asuntos en los juzgados, y a todos éstos ya les indicaré yo que tú eres un excelente abogado -dijo Andrés Bermúdez a su futuro yerno.

Al final todo quedó bien planteado y aceptado lo que Antonio Bermúdez ideó o concibió.

Sin embargo, Andrés padre dijo que si ellos lo aceptaban de buen agrado él jamás se opondría, pero que lo sentía un poco, porque su hijo se distanciaba de ellos y con absoluta seguridad, ya se verían de más en tarde en tarde -manifestó Andrés con semblante de dolido.

-Eso hoy en día no es problema, pues con un vehículo como el suyo pueden verse, si quieren, todos los fines de semana -dijo Antonio el hermano mayor de Nuria.

Y sin más dilación, sin más demora, sobre la una de la madrugada, dieron por finalizado el acto de petición de mano de Nuria, por los padres de Andrés.

Ya de vuelta a casa, en el flamante coche de Andrés, éste preguntó a sus padres cómo veían ellos la propuesta de su futuro suegro, a lo que Andrés y Emilia dijeron que era un plan maravilloso, y que si él dijo lo que dijo, fue para dar a entender que era una intención que se había quedado a mitad de camino, o sea, que el dicho plan tenía sus pros y sus contras, pero que el susodicho plan era genial, era superlativo, era relevante -dijo Andrés a su hijo, Andrés también.

El domingo siguiente, se juntó toda la familia de Andrés en casa de éste, allá en Los Encinares. Este domingo día 17 de agosto Andrés no fue a Albacete como lo venía haciendo desde el día en que, por medio de Antonio, el hermano mayor de Nuria, hicieran las paces Antonio Bermúdez y Andrés.

Como hacía poco que habían estado toda la familia en Albacete en lo de la petición de mano de Nuria, este domingo aprovecharon para reunirse la familia toda, y hacer una buena comida todos juntos: los padres, los hermanos el nieto, hijo de Rosita, Jesús María, Ángel y él.

Prepararon una comida de la que hacía tiempo no había comido.

El día anterior, sábado, Andresito invitó a sus cuñados, Jesús María y Ángel, a que fueran con él para ver de matar un conejo en el coto del padre de Nuria, pues Andrés tenía la llave de la verja que abría y cerraba la finca del padre de su futuro suegro, y llevaba su lujosa escopeta, que le regalara también Antonio Bermúdez, y lo hizo de ex profeso para demostrar a sus cuñados que él era ya un entendido cazador en la caza menor. Recorrieron no más de un kilómetro de campo, y, Andrés, de seis tiros que tiró alcanzó dos hermosos conejos, siguiendo al pie de la letra las instrucciones que su futuro suegro le hubo enseñado.

Andresito (no se acostumbraban a llamarlo Andrés), demostró a sus cuñados, Jesús María y Ángel que ya era un cazador apto para competir con cazadores mediocres, pero al fin y al cabo un cazador del montón, pues desde la feliz mañana en

que por primera vez en su vida tiró a las palomas torcaces y tórtolas junto con Nuria, le gustó tanto que para él ya no había otro deporte o ejercicio más entusiasmado y apasionante como lo era el deporte de la caza menor.

Después de aquella feliz mañana, repitió con las palomas y tórtolas otras dos mañanas más; y cuando se abrió la veda general, fueron varios sábados, él, su suegro y Nuria, a los conejos y a las perdices, y por suerte, una tarde mató una liebre de las cuatro que ya les había tirado.

De los conejos llevaba bien la cuenta y ya había trepado a diez, y perdices sólo a tres. Palomas y tórtolas siguió cazando con Nuria y, ésta una tarde tiró a las palomas y a los cuatro tiros cayó una, pero ya no quería tirar más, porque la escopeta -decía- le iba a echar abajo el hombro y la cara.

Con los dos hermosos conejos que Andrés mató, su madre y sus hermanas, prepararon una sabrosa comida, que sus cuñados se chupaban los dedos del buen punto, gusto y saborcillo que les dieron (uno con pimientos y tomates y otro con arroz).

Sus cuñados jamás habían comido conejos del campo de la manera que su madre y hermanas supieron preparar. Andrés sabía muy bien que a los cuñados les encantaba comer conejos campesinos de la manera que su madre y sus hermanas sabían preparar.

Una tarde de sábado del mes de octubre, que Andrés no pudo, no pudo prepara viaje para ir a Albacete, por motivos de trabajo, se puso en comunicación con ambos cuñados y se los llevó, ahora a un pequeño campo de su padre, y allí los



invitó a que tiraran a algún conejo que saliera, de los muchos que había en el ya recomido, por las cabras, rastrojo de la finca de su padre.

Jesús María mató uno de los seis que tiró, y a Ángel se le fueron los tres, a los tres que les tiró.

-¿Pero cómo les tiras? -le pregunté.

-Pues les tiro cuando el conejo va corriendo, pues yo creo que como todo el mundo lo hace -dijo Ángel con genio, con mucho genio.

Jesús María dijo que él había tirado a varios y sólo a uno le dio, y al que le di fue cuando no lo vi, porque lo tapé con los cañones de la escopeta, que es como tú dices que hay que tirar -dijo Jesús María que entendió bien la lección que yo le di.

-En la caza como en todos los deportes, pasatiempos o ejercicios, hay unas reglas que hay que observar, pues si éstas no se observan siempre serás un mal deportista, y no darás nunca, nunca en el clavo. Yo cuando empecé a cazar que hace como un año, observé y tuve muy en cuenta los consejos que me dio Antonio Bermúdez, padre de Nuria; y lo observé y lo tuve en cuenta a la hora de tirar a una pieza, pues yo siempre creí que había que tirar viendo la pieza, y de esta manera nunca maté nada, y cuando tuve en cuenta los consejos del padre de Nuria, fue cuando pude trepar la pieza a la que le tiraba -exhortó Andrés a sus dos concuñados, con el deseo de que lo tuvieran en cuenta si deseaban ser aficionados al deporte de la caza menor.

## Capítulo XI

Día 8 de diciembre de 1958, día de la Purísima Concepción, día de María Inmaculada, Patrona del Cuerpo Militar de Infantería, las doce de la mañana, cuando Nuria cogida del brazo de su padre, Antonio Bermúdez, con su primoroso y valioso vestido blanco de novia, de larga cola, con delicados dibujos de brocado, entraba por las puertas del templo (Iglesia parroquial de Santa Teresa de Jesús), y tras ellos Andrés Alonso, daba el brazo a su madre, él con traje de lana de color gris oscuro y de corte redondo, camisa blanca como de nácar, corbata y pañolito haciendo juego. Emilia llevaba un vestido de fondo verde pálido, de tejido de seda entretejida formando dibujos de flores briscadas.

Del pueblo de Los Encinares fueron invitados más de veinte matrimonios amigos de Andrés y Emilia.

Por parte de Jesús María, su madre doña Virtudes y su hermano Silverio, que aún seguía soltero. También Rosita invitó a algunas de sus amigas de Los Encinares y de unos cuantos matrimonios de la ciudad, que se juntaban y salían juntos con Jesús María y con ella.

Por parte de Andrea, también habían invitado a toda la familia más allegada del matrimonio. Y por parte de la novia allá en Albacete, habían invitado a todos los vecinos del barrio y a muchos amigos de Antonio Bermúdez y de su mujer, Carmen. En total podría calcularse que todos los invitados ascenderían a unos 300, uno más uno menos.

También Andrés, padre, invitó a casi todos los colonos del Arrollo de Peñas Blancas, así como a doña Encarnación y a sor Consuelo, que, muy agradecidas, declinaron la invitación, pero enviaron con Nicolás el mulero, un sobre con dinero para los novios.

La mañana del 8 de diciembre de 1957, amaneció gris, era un gris plomizo y la atmósfera parecía que se podría tocar con la mano desde la terraza de uno de los edificios de la ciudad de Albacete. El color de la atmósfera ya lo hemos reseñado, pero no hemos dicho nada de su estructura o composición. Era un extenso manto del color señalado, completamente liso sin rasgadura alguna para ver un poco la luz del sol.

Sobre las diez de la mañana, no se movía una hoja tal era su densa y espesa calma, sin embargo el olor que se aspiraba era un tanto húmedo y característico de la tierra mojada, o calada. Así se mantuvo estable hasta las doce y media que, a esa hora comenzaron a moverse los árboles de la plaza donde estaba ubicada la Iglesia de Santa Teresa de Jesús, donde se estaba celebrando la Santa Misa en honor a la Purísima Concepción, y al propio tiempo, el Sacramento del Matrimonio de Andrés Alonso y de Nuria Bermúdez.

A mitad de dicha celebración, los asistentes al acto todos se demudaron de color al oír la gran tronada y la espantosa manta de agua que caía. Alguien que se dispuso abrir la pequeña puerta accesoria del templo, al instante la enorme ráfaga de

viento y agua lo metió hacia dentro, con un violento portazo que se confundió con el fuerte trueno.

Los elementos atmosféricos se desataron con ferocidad y aquella apocalíptica situación parecía no tener fin. Y de seguir así alguien dijo que aquella desaforada manta de agua y viento podría, incluso, asolar toda la ciudad.

Terminó la celebración religiosa, y el sacerdote y sus acólitos se encerraron en la sacristía y los asistentes quedaron atónitos y perplejos, sin saber qué camino tomar.

Poco tiempo después, el sacerdote, desvestido de los ornamentos sagrados, que tuvo durante la celebración de la Santa Misa, salió de la sacristía con sotana y por el micrófono anunció a los fieles que tuvieran calma, porque ya cesaría aquella descomunal tormenta, que muchos decían que así sería el Diluvio Universal.

Sobre las dos de la tarde de aquel dichoso 8 de diciembre de 1957, el viento se fue aplacando, dándose un respiro y la lluvia cesó, parcialmente, porque seguían cayendo gotitas menudas y más clareadas, lo que permitió que los asistentes fueran saliendo, la mayoría con sus paraguas negros que, previsiblemente, habían echado, habían llevado, porque todos intuyeron un poco, o un algo, de lo que después cayó.

Hubo cierto desconcierto entre los invitados porque para todos no había *percebes*, no había vehículos.

-“Todo tiene arreglo en esta vida” es un adagio muy popular, pero tan verdad que sí, que ese adagio es muy acertado, muy atinado.

Pues a las dos y media de la tarde ya estaba el local donde tuvo lugar el banquete nupcial, ocupado por todos los invitados.

A esta hora ya había escampado, aunque no de forma o manera total e íntegramente, porque seguían cayendo diminutas gotitas por aquí y por allá.

Los novios como era normal y lo sigue siendo, llegaron un poco más tarde y, mientras tanto, a los invitados les pusieron para picar, patatas fritas, maní tostado, aceitunas verdes y hermosas jarras de cerveza, que por aquella época era ya una bebida muy extendida por todo el territorio nacional.

El menú no podía ser más exquisito y los invitados lo pasaron muy bien, porque todo lo que pedían, al momento lo tenían en la mesa. Y hubo tarta, pasteles y de bebida toda la que pedían, fue, en fin, una boda para recordar por mucho tiempo después; porque el hotel era de lo más lujoso y selecto de todo Albacete. Y lo que pusieron era exquisito y muy sabroso.

De todo lo que ocurre en España digno de recuerdo o mención, se sacan chiste o se recuerdan supersticiones arcaicas. Así, por lo de la gran lluvia de aquel día hubo quien dijo que la gran lluvia había sido o se debía a que a nadie se le ocurrió, se le hubo ocurrido llevar huevos a Santa Clara. “En tiempos pretéritos se decía que llevar a la boda huevos a Santa Clara, era para que ese día luciera el sol y no lloviera”. Otra idea decía, “que la lluvia el día de la boda quería decir que se tendrán muchos hijos.”

Pues a juzgar por la lluvia caída y teniendo en cuenta la segunda idea de la superstición, esta pareja

tendría más hijos que el monarca de Marruecos, Ismael el Sangriento, que se dice que tuvo 888 hijos.

Tampoco a Nuria le cupo el refrán que dice:  
“Feliz la novia que brilla bajo el sol.”

La iglesia parroquial de Santa Teresa de Jesús, estaba a tres cuartos de su aforo total.

Y a la novia se le veía radiante de alegría, y al novio un mocetón corpulento, un majote muy bien *planta*o y todos/a sabían que era un abogado estrella, que se enamoró de Nuria cuando Nuria tenía no más de 15 años, porque Nuria era también una joven guapa, muy bien instruida, modesta y afable, y, en fin, una mujer de *rompe y rasga*, como se decía de la escritora gallega Emilia Pardo Bazán. También era mujer trabajadora y luchadora, era, en fin, una *mujer de armas tomar*, también.

A Antonio Bermúdez se le veía que no cabía en su traje de lana de padrino. Estaba contento, contentísimo, porque su hija se había casado con un hombre de pies a cabeza. No obstante, al principio del noviazgo hubo discusión y hubo hasta sangre porque Antonio Bermúdez no quería al joven Andrés (hoy para Antonio Bermúdez un hombre de mucha valía), no lo quería porque pensó que el joven Andrés lo único que pretendía era reírse de su hija.

Ya estaba terminado el banquete nupcial y ahora la orquesta comenzó a tocar un romántico vals, que por antonomasia o por excelencia es el baile de Viena. Los novios iniciaron el baile ya que estaba

anunciado que esta romántica pieza era sólo para los novios. Durante el tiempo que los novios estuvieron bailando el romántico vals, todos los invitados en derredor estaban como extasiados, deslumbrado o maravillados, observando los movimientos de pies, bien acompasados, de la feliz pareja, y Antonio Bermúdez se inclinó bastante hacia delante, para no perderse ni un sólo movimiento, de aquellos pies que, rítmicamente, se movían, se batían al son de las cadenciosas notas que emitía la famosa orquesta que contrataron para amenizar el banquete nupcial. Antonio Bermúdez siguió inclinado hacia delante viendo a su radiante hija y a su elegante yerno hasta que la orquesta cesó el romántico bolero.

Al término del apasionado bolero, los novios fueron ovacionados con cálidos aplausos de todos los invitados, y también se oyeron gritos de ¡bravo!, ¡bravo!

Antonio Bermúdez se abrazó a su flamante yerno y éste a su madre, Emilia. Nuria fue abrazada por su suegro Andrés y Carmen también se abrazó a Andrés y a su hija, formando dos tríos, (Antonio Bermúdez, su yerno y la madre de éste; el otro trío lo formaban Andrés Alonso, Nuria y Emilia), los dos tríos abrazados y radiantes de gozo, alegría y felicidad, permanecieron unos minutos en este estado, y cuando dejaron los abrazos todos se emocionaron, pero el más emocionado fue, sin duda alguna, Antonio Bermúdez, puesto que la fuerte emoción lo delató, porque sacó del bolsillo del pantalón su pañuelo, bien doblado y bien planchado, y se limpió ambos lagrimales porque lloró.